

PUNTO ROJO

**BRU
GUE
RA**

BOLSILIBROS



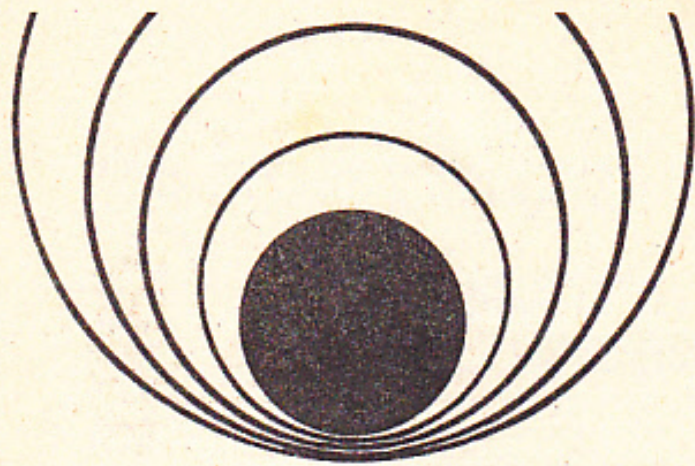
POLICIACO

**EL CRONICAL
POST**

Adolf Quibus



FABRÁ



PUNTO ROJO



ADOLF QUIBUS EL CRONICAL POST

Colección PUNTO ROJO n.º
1.108 Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS - MEXICO

ISBN 84 02 02520-X Depósito legal: B. 18.356-1983

Impreso en España Printed in Spain

1.a edición: julio, 1983

2.a edición en América: enero, 1984

© Adolf Quibus - 1983

texto

© Fabá - 1983

cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor de EDITORIAL
BRUGUERA, S. A. Camps y Fabrés, 5. Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial
Bruguera, S. A. Parets del Vallés (N-152, Km
21.650) Barcelona – 1983

A mi buen amigo Jordi Bordas en reconocimiento de una labor
importante.

ADOLF QUIBUS

INTRODUCCION

La ciudad de Robson es una ciudad como cualquier otra de las grandes urbes que pueblan la Tierra en las postrimerías de nuestro tan ajetreado siglo veinte. Sus cerca de cuatro millones de habitantes la hacen una gran ciudad, donde conviven gentes de todas las especies, que tienen cada mañana la posibilidad de enterarse de cómo está el pulso del mundo y el suyo propio, gracias al periódico de mayor tirada y prestigio que se publica en la ciudad: *El Cronical Post*.

Su equipo está formado por hombres y mujeres que luchan cada día, y muchas veces contra el cronómetro, para servir la información diaria al resto de sus conciudadanos.

Esta es la historia que narra las aventuras de este puñado de hombres y de su forma insólita de trabajar, para que a la hora del desayuno de cada uno de nosotros podamos enterarnos de la aventura de la vida.

CAPITULO PRIMERO

Mike Newman estaba sentado frente a su máquina de escribir en la redacción de *El Cronical Post*. No había nadie más en la sala en aquellos momentos y le invadía una sensación de paz. Una paz que era difícil vivir allí dentro. Hacía tan sólo un par de horas aquello había sido un verdadero hervidero de gente. La locura diaria, la excitación que hacía de su profesión la más hermosa del mundo. Llevaba dos años de redactor-jefe y era uno de los redactores-jefe más jóvenes que había tenido *El Cronical* en su ya dilatada historia. Entró recién terminada la carrera para efectuar el período de prácticas y no se había movido de allí, pasando por los diversos escalones hasta conseguir el que ahora tenía. La verdad es que podía considerarse un hombre con suerte.

Clarise Portes, la bella e inquieta reportera, acababa de entrar, con lo que detuvo de una forma instantánea los pensamientos de Mike.

—¡Caramba, jefe! No esperaba encontrarle aquí después del trabajo que hemos tenido hoy —dijo a modo de saludo con esa sonrisa suya capaz de provocar un incendio.

—¡Hola, Clarise! —correspondió él—, estaba aquí sentado, meditando un poco; esta soledad no es demasiado frecuente y a veces conviene disfrutarla. ¿Pero se puede saber qué haces tú aquí?

—Siguiendo su lema —respondió la bella joven.

—¿Mi lema? —preguntó muy sorprendido por las palabras de la joven, ya que no entendía el significado de ellas.

—Me extraña que no lo recuerde, jefe, es algo impensable en usted.

Claro que lo recordaba: EL TRABAJO ES LA PRIMERA NORMA DE CONDUCTA DE UN BUEN PROFESIONAL. Y cuando Mike decía lo primero, todo el mundo sabía que se refería al verdadero y único sentido de la palabra.

Mike se sonrió.

—¡Menos mal! —exclamó Clarise—, por un momento creí encontrarme ante otra persona.

—No, Clarise, sigo siendo el mismo de siempre, lo que ocurre es que a veces saboreo la soledad y me distraigo de todo lo que me rodea. Pero aún no me has dicho...

—Estoy en el asunto de John White, ¿recuerda?

—Cómo voy a olvidarlo, te lo encargué yo. ¿Cómo va?

—Me encuentro en un punto muerto. He llegado a ese lugar en que todo está confuso. Se pierde como por arte de magia, es un

tipo muy listo que no ha dejado ni un leve rastro que se pueda seguir.

—Si quieres puedo poner a Ryan contigo, entre los dos tal vez os resulte más fácil.

—No es que me importe trabajar con él, jefe, pero preferiría seguir sola, al menos por el momento. Pediré ayuda si la necesito.

Mike sabía lo que Clarise intentaba demostrar. Llevaba dos años trabajando con él y habían sido dos años muy duros para ella. Aquel reportaje era la culminación a su tesón.

—De acuerdo, puedes seguir sola —dijo Mike al tiempo que se levantaba dispuesto a marcharse.

—Es usted un solete —dijo ella alborozada a la par que le estampaba un sonoro beso en la mejilla que le dejó agradablemente sorprendido.

—Esas muestras de efusión están muy bien, pero preferiría que se guardasen para cuando esté listo el reportaje.

—¡Perdón! —exclamó ella cariacontecida por la reacción de su jefe, que la había pillado por sorpresa.

Clarise Portes era una muchacha muy impulsiva, aunque Mike no tenía motivos de queja sobre su trabajo hasta aquel momento; claro que debía refrenar un poco su carácter en exceso extrovertido, eso podía significar un grave hándicap a la hora de intentar ser objetivo y él era un verdadero obseso de la objetividad.

Salió de allí dispuesto a descansar unas horas, aunque en realidad no tenía demasiado sueño. Antes de llegar a su casa entró en el bar de Mitch para tomarse un whisky, era seguro de que le vendría muy bien y le ayudaría a recobrar las ganas de dormir.

—Me alegro de verle, señor Newman —dijo Mitch al verlo entrar.

Charlaron durante largo rato.

CAPITULO II

—Robert, no me gusta nada esa chica de *El Cronical*. Se está metiendo en mi pasado de una forma alarmante —dijo John White a su hombre de confianza y brazo derecho, Robert Fleiter.

—No se preocupe, no ha podido encontrar nada ni podrá hacerlo.

—Pero sigue insistiendo y eso puede resultar embarazoso, ya sabes la fuerza que tiene *El Cronical*, su poder es inmenso.

—Y el suyo, señor —le dijo Robert intentando halagar a su jefe —, no en vano era el hombre más poderoso de Robson. Y lo sigue siendo..

—Si, eso es cierto, mi fiel Robert, pero un imperio que ha costado tanto levantarse podría irse al traste si se descubrieran algunas irregularidades.

—No podrán descubrirse nunca —afirmó taxativo Robert—, todo ha sido siempre realizado con extremada pulcritud.

—Tienes razón, de todas formas me gustaría que te encargases personalmente de la chica. Quiero estar informado y que estos informes sean de primera mano.

—Descuide, señor, yo mismo llevaré el asunto a partir de este momento —dijo Robert al que no le agradaba nada en absoluto tener que realizar un trabajo como aquél. El era, o al menos así se consideraba, mucho más importante. Comenzaba a estar cansado de las tonterías de White. Se había vuelto un viejo maniático, que se creía perseguido por todas partes y eso era síntoma de debilidad. En una palabra, estaba cansado de ser el criado de aquel ser fatuo.

Salió de allí despidiéndose de White con una sonrisa. En cuanto hubo traspasado la puerta el gesto de su rostro se volvió adusto. Aquella estúpida periodista no podía significar de ninguna manera un riesgo para el imperio White, eran sólo manías. Pero tenía que obedecer. ¿Hasta cuándo? Era una pregunta que se formulaba con demasiada frecuencia.

* * *

Dominique Floristen llevaba cinco años dedicándose a los ecos de sociedad, lo que la hacía ser bien recibida en todos los círculos de Robson con verdadera cortesía, aunque ésta a veces era fingida y ella lo sabía. Toda aquella gentuza tenía cosas que ocultar y temían la pluma de la bella y penetrante Dominique.

—¿Qué tal, señorita Floristen? —le preguntó el pesado de Rod MacDonal, un joven insufrible podrido de dinero, que su padre había amasado para que su hijito lo derrochase a manos llenas.

—Ya ve, no tan bien como usted, pero la verdad es que tampoco puedo quejarme —le respondió con absoluto desprecio.

—Usted siempre con sentido del humor —dijo él mostrando la blancura de sus dientes.

—Debo conservarlo, de no ser así no se cómo podría soportar sus estúpidas fiestas.

—Me gusta su estilo, si, señor; siempre lo he dicho —siguió sonriendo él, sin apartarse de Dominique. Sería difícil sacárselo de encima a no ser que le propinase un buen directo en pleno mentón, y casi seguro que se haría más daño ella en la mano.

—¿Le apetece tomar algo? —le preguntó Rod MacDonal en un arranque de originalidad.

—Sí, por favor —dijo ella con la secreta esperanza de que se lo podría sacar de encima—. Un cóctel de champaña me sentaría de maravilla.

—¡Voy como un rayo a por dos! —dijo él saliendo hacia el bar, momento que aprovechó ella para escaparse.

* * *

Cole Ryan era el especialista en deportes, aunque siempre estaba dispuesto para cualquier otro tipo de información que necesitase de sus indudables dotes intelectuales y atléticas. Su aspecto de estudiante universitario contribuía en gran medida a ello. Llevaba cinco años en *El Cronical* y gozaba de la confianza de Mike Newman.

Aquel partido de baloncesto estaba resultando soporífero. La superioridad del equipo de casa era absoluta. No había color.

—Si lo sé no vengo —le dijo Cole a su vecino de asiento.

—Hubieses venido igual, es tu obligación; forma parte de tu trabajo.

—Oye, ¿desde cuándo un colega de la competencia me dice lo que debo hacer? —preguntó Cole con sarcasmo. En algo había que pasar el rato y discutir con Tim era un placer.

—Seré de la competencia, pero la página deportiva nuestra tiene más credibilidad que la vuestra.

—Tim, eso ha estado muy gracioso, si sabes otro chiste me lo cuentas.

—Tómatelo a risa; mejor dicho, tómallo como quieras.

—Hablando de tomar, una cerveza no me iría mal. ¿Me invitas?

—Cole, tú presumes siempre de ganar más dinero, lo lógico sería que fueses tú el...

—Vale, tío, está bien, yo invito; pero vamos ya, que puede darme algo si sigo viendo este desastre.

El partido estaba a punto de finalizar en su primer periodo, y ya estaba más que decidido. Salieron a la barra del bar que estaba tras la zona destinada a la prensa.

—¡Dos cervezas! —pidió Cole—. Supongo que es lo que quieres, ¿no?

—Sí, está bien. ¿Qué piensas poner en la crónica mañana?

—Si tengo que poner lo que he visto, hay quien quedaría muy mal parado, me voy a limitar a la simple reseña. No merece nada más. ¿Es que tú piensas dedicarle mucho espacio? —preguntó Cole mientras cogía la cerveza que acababan de ponerle en aquel instante.

—¿Por qué no?, el público quiere saber y mi obligación es tenerle informado.

—De cosas que tengan un mínimo interés y este partido no lo tiene, hay equipos que no deberían estar en la misma categoría. Eso puede hacer que la afición disminuya de forma alarmante. Ya ves que no pasa de media entrada y si se repiten muchos partidos como éste vamos a venir solos.

—Podías haber enviado a Jim —dijo Tim refiriéndose al muchacho que sustituía a Cole en asuntos de segunda fila. Era un muchacho despierto que estaba empezando.

—Eso sería sadismo y es un buen muchacho. Muchos partidos como éste y el chico cambia de profesión.

Bebieron sus cervezas y regresaron a sus asientos.

Cole consultó con otros compañeros el resultado y los datos técnicos de la primera parte. Al comenzar el segundo periodo decidió que debería soportarlo aun a pesar suyo. Había decidido cubrir esa información y tenía que hacerlo por encima de todo.

—Pareces muy triste —le dijo Tim.

—Mirando a la cancha no hay para menos, y si te miro a ti, pues peor; así que ya me contarás.

Tim no respondió, sabía que con Cole no podría, había dicho aquellas palabras poniendo una cara de ingenuo capaz de desarmar a cualquiera, y ésa era una de sus mejores armas y la explotaba con bastante frecuencia, claro que en aquel caso no servía para nada. Tan sólo se trataba de un pasatiempo, ¿o no? Con Cole Ryan eso nunca podía saberse.

CAPÍTULO III

El teléfono impidió que Mike Newman llegase a dormir más de dos horas.

Descolgó el auricular sin tan siquiera abrir los ojos.

—Sí. aquí Mike Newman, ¿quién es?

—Perdone que le moleste jefe, pero es importante, se trata de Clarise.

—¿Qué ha pasado? —quiso saber casi en sueños.

—Un accidente —le dijo la voz—, está en el hospital general.

—¿Es grave? —preguntó incorporándose del todo.

—No lo sé, en estos momentos la han llevado al quirófano.

—Voy en seguida —fueron sus últimas palabras antes de colgar el aparato. Se vistió con una rapidez endemoniada. «¿Qué podía haber sucedido?» Esa era una pregunta que le atormentaba, pero para la que no encontraba la adecuada respuesta.

Cogió su automóvil y salió como una bala hacia el hospital.

Nada más llegar la estaban sacando del quirófano. Se abalanzó hacia uno de los médicos.

—Doctor, soy Mike Newman, ¿cómo está? —preguntó casi sin respirar.

—Ha sufrido un traumatismo craneal, producido por una esquirla, además de múltiples contusiones más o menos importantes. La operación ha ido bien, aunque es prematuro decir nada; en las próximas veinticuatro horas sabremos algo más.

—Existe riesgo de... —no pudo seguir con sus palabras, un nudo se le acababa de formar en la garganta.

—Sí, me temo que sí, sólo cuando hayan transcurrido cuarenta y ocho horas podremos saber exactamente si se salvará.

Las últimas palabras del doctor habían caído como un mazazo en el ánimo de Mike. Se dejó caer en uno de los sillones de la sala de espera cuando el doctor se marchó. «¿Cómo había sucedido?» Tenía que encontrar la respuesta ya.

Se levantó y cogiendo el coche fue al lugar de los hechos.

Allí, en una curva de la carretera de Sic, estaba el coche de Clarise destrozado por completo. La zona había sido cercada por la policía. Dos agentes custodiaban el lugar. Mike se acercó a uno de ellos y le mostró su acreditación como periodista. El agente se miró bien el carnet que Mike le había entregado y se lo devolvió.

—Ella trabaja conmigo —dijo Mike, iniciando la conversación.

—Un mal asunto —dijo el agente—, los frenos estaban cortados.

—¿Quiere decir que no fue un accidente? —preguntó Mike que seguía muy nervioso, cosa que por otra parte no frecuente en él.

—Accidente desde luego que no, alguien manipuló en el vehículo de forma que en pocos kilómetros se quedase sin frenos. Un trabajo de experto, sí, señor.

—¿Quién está a cargo del caso? —quiso saber Mike.

—El teniente Serman —le respondió el agente.

—Muchas gracias por todo, agente —le dijo Mike, despidiéndose de él y subiendo de nuevo al coche. Lo puso en marcha y salió de allí con lentitud.

Su cabeza estaba trabajando en aquellos momentos a cien por hora. Clarise estaba investigando el pasado de John White, y de repente un accidente provocado. Tal vez no tuviera nada que ver una cosa con la otra, pero en esos momentos era la hipótesis que más le gustaba. Era posible que ella hubiera descubierto algo, o se estaba acercando demasiado y habían decidido que resultaba peligrosa. Un hombre poderoso como White podía hacerlo sin mancharse las manos. Si Clarise moría se llevaría con ella el secreto y eso a Mike no le gustaba. Tenía que descubrir la verdad. Puso rumbo a la comisaría del distrito, conocía al teniente Serman, estaba seguro de que se prestaría a colaborar. Entre ellos dos ése había sido siempre su lema.

Dejó aparcado el coche frente a la comisaría. Entró en ella.

—¿El teniente Serman? —preguntó con serenidad.

—No está —dijo el oficial de guardia—, ¿quiere que le dé algún recado?

—Gracias, ya le llamaré. —Dudó unos instantes—.

Bueno, dígame que Mike Newman de *El Cronical* ha estado aquí, y que me gustaría hablar con él —le tendió una tarjeta—. No se olvide —dijo Mike mientras salía de allí.

—Descuide, señor —le respondió el oficial, cuyo rostro había sufrido una transformación. Por lo visto era un asiduo del periódico. Esto le ocurría a Mike muchas veces. Otras también la moneda se invertía y entonces todo era desprecio y recelo. Servilismo de la profesión, pensaba él.

Se fue directamente a la redacción del periódico. Cuando entró en su despacho se encontró con Dominique Floristen.

—Mike, me acabo de enterar —dijo la mujer—, ¿cómo ha sido?

—Vengo del hospital, está grave. No sabremos nada en cuarenta y ocho horas.

—¿Accidente? —preguntó Dominique.

—No, alguien manipuló los frenos esperando que lo demás viniese rodado.

—¿Tienes alguna idea de quién haya podido ser? —inquirió Dominique cuyo rostro iba palideciendo por momentos.

—Estaba trabajando en el pasado de White, y me temo que

encontró algo molesto para él —dijo Mike con rabia contenida.

—Eso es muy fuerte, Mike, ¿estás seguro de que es así?

—No estoy seguro de nada, es tan sólo una sospecha, pero te aseguro que si White ha tenido algo que ver, pienso acabar con él —no podía dominarse y ella se dio cuenta; también apreciaba a Clarise, formaban un buen equipo en *El Cronical*, eran todos ellos algo más que compañeros.

—Si puedo ayudar en algo no tienes más que decirlo —dijo Dominique, que poco a poco iba recuperando su color natural.

—Me gustaría que te enterases de los últimos pasos sociales de los White.

—Eso no será difícil, aunque sí laborioso —dijo ella.

—Lo necesito ya mismo, y además no quiero que te dejes ver mucho; no sé si me explico, si mis sospechas son ciertas podemos estar sobre el cráter de un volcán y no quiero que te pase nada.

—¡Okay, jefe!, iré con cuidado. Tranquilo, de verdad te aseguro que puedo conseguir lo que me pides sin que nadie se vaya de la lengua, hay mucha gente que teme mis almibaradas crónicas.

—Lo sé, pero no está de más que te prevenga. Llámame con lo que sea a cualquier hora.

En ese momento la puerta del despacho se abrió con brusquedad dando paso al musculoso y aniñado Cole Ryan.

—Me lo acaban de decir, vengo para ver qué puedo hacer —dijo Cole de forma atropellada.

—De momento cerrar la puerta, tranquilizarte y tomar asiento. ¡Hasta luego, Dominique! —ésta se levantó y salió de allí, había cogido la indirecta al instante.

—¡Caramba, cuánta prisa! —exclamó Cole que acababa de sentarse.

—Tiene cosas que hacer. ¿Ya sabes cómo ha sido? —le preguntó.

—No, en cuanto he oído la noticia he venido para aquí, espero que me lo cuentes.

Mike se lo explicó, así como su hipótesis, porque aunque él se aferrara a ella no dejaba de ser más que eso.

—¿Qué puedo hacer yo? —preguntó en seguida Cole Ryan.

Mike se lo explicó con detalle. A los pocos minutos el redactor deportivo Cole Ryan salía de allí como alma que lleva el diablo. Mike se volvió a quedar solo. Para él había empezado el camino más difícil, no en balde así se lo había querido reservar.

Tenía que hablar con John White.

Sabía que eso no sería fácil. No estaba dispuesto a esperar. Subió a su coche de nuevo. White no le esperaría.

CAPITULO IV

Paró frente al edificio de la White Company. Era un rascacielos inmenso desde donde se dirigían todos los negocios de la compañía, a Mike nunca le había gustado aquel coloso, y mucho menos White; desde siempre había sospechado que algo oscuro escondía tan singular personaje, pero sin pruebas no podía hacerse nada.

Entró en el edificio, se dirigió a conserjería y preguntó allí:

—Soy Mike Newman de *El Cronical Post*, quiero hablar con el señor White.

El hombre se lo quedó mirando como si se tratara de un ser de otro planeta que hablaba un idioma extraño.

—¿No me ha oído? —inquirió Mike molesto por aquella actitud —, ¿o es usted sordo?

—Le he oído muy bien —respondió el hombre—, pero me parece una osadía lo que pretende sin tener hora concedida.

Mike no se pudo contener y agarró al hombre por las solapas. —¡Me importa un pito lo que creas! Llama ahora mismo y dile que estoy aquí, si no quieres que te lo repita de otra forma —el hombre se puso pálido ante la actitud violenta de Mike.

—En seguida, señor —pudo balbucir al tiempo que Mike le soltaba.

—Eso está mejor. Tú a cumplir con tu obligación y sin pasarte un pelo.

El conserje hizo una llamada interior y al cabo de dos minutos volvió a dirigirse a Mike:

—Puede pasar, décima planta, le están esperando.

—Muchas gracias, amigo —dijo al despedirse del asustado conserje y se fue directo al ascensor. Había perdido los nervios una vez más. Desde el accidente de Clarise los perdía con demasiada facilidad. No intentó hacer buenos propósitos, ya que se sabía incapaz de cumplirlos.

Por fin el ascensor acudió a su llamada. Pulsó el botón número diez y comenzó a ascender a gran velocidad. Al llegar al piso diez las puertas se abrieron. Un par de hombres con aspecto de matones le estaban esperando.

—¿Mike Newman? —preguntó uno de ellos.

—Sí —asintió Mike. Lo sujetaron de ambos brazos con intención de cachearle. Mike hizo acción de resistirse.

—Es simple rutina, señor, no nos gustaría tener que lastimarle sin ninguna necesidad.

Mike se los quedó mirando durante un instante y se

dijo que era mejor pasar por aquel tonto control, los dos hombres parecían unos expertos.

—Está bien, pero os advierto que no llevo nada.

—Eso lo dicen todos, pero debe usted comprender que a nosotros nos pagan para que lo comprobemos. Somos unos simples trabajadores —ironizó el más corpulento de los dos.

Lo cachearon minuciosamente. No encontraron nada. Mike no iba nunca armado.

—¿Satisfechos? —preguntó cuando terminaron.

—Ni sí ni no, caballero, es pura rutina y nosotros nunca entramos ni salimos en la cuestión, ya se lo he dicho antes.

—Obedecéis, esa canción ya me la sé. ¿Puedo pasar?

—Sí. Slim, llévalo al despacho azul —dijo el más corpulento.

—Sígame, por favor —le indicó con indiferencia el llamado Slim.

Abrió la puerta de un suntuoso despacho. En el fondo, sentado tras una monumental mesa de despacho, estaba el cacique: John White. Tenía todo el aspecto de un patriarca dominando el mundo desde aquella mesa. La verdad es que causaba impresión.

—Está bien, Slim, te llamaré si te necesito —dijo White, y Slim desapareció—. Pero pase, señor Newman. no se quede ahí —su tono era amable.

Mike cruzó el trecho que le separaba del magnate.

—Siéntese, por favor —le indicó White—, ¿le apetece tomar algo?

—No, gracias —respondió a la par que tomaba asiento.

—Parece que estaba usted muy nervioso hace unos instantes —dijo White.

—Puede ser, la verdad es que su conserje me puso fuera de mí.

—El no hace más que cumplir órdenes, debe disculparlo.

—Ya ha pasado, no tiene importancia.

—Supongo que el motivo de su visita debe ser algo de vital importancia, la verdad es que no acostumbro recibir a nadie sin audiencia previa. Soy un hombre muy ocupado, no vaya a creer que es por otra razón.

—Me lo imagino, señor White, pero he venido a hablarle de una colaboradora mía llamada Clarise Portes.

—¿La conozco? —preguntó White mostrando una sonrisa irónica que irritó a Mike.

—Estaba haciendo un reportaje sobre usted.

—No sabía nada, debería haberme avisado; aunque ocupado, me gusta colaborar con la prensa, sobre todo si se trata de un periódico de su prestigio.

—Es usted muy amable, señor White, pero la señorita Portes ha sufrido un accidente.

—Cuánto lo siento, vivimos en una época imposible. Espero que

no se trate de nada grave.

—Es lo mismo que espero yo —dijo Mike—, pero el accidente fue provocado.

—¡Caramba! ¿Quién pudo tener interés en hacer una cosa así? —preguntó con un cinismo que se acercaba a lo inverosímil.

—Eso es lo que venía a preguntarle a usted —dijo Mike con dureza.

—Pues no veo el motivo, si no es más explícito.

—Estaba escribiendo sobre usted, ¿no le parece un bonito motivo?

—Señor Newman, me parece que todo este asunto le ha puesto un poco nervioso, por lo tanto voy a disculpar su grosería.

—Siento decirle, señor White, que tengo la ligera sospecha de que su persona no es en absoluto ajena a lo sucedido.

—¡No le tolero que siga diciendo impertinencias! Tenga la bondad de salir, mis hombres le acompañarán a la puerta, de usted depende su amabilidad.

Mike intentó decir algo más, pero sus brazos ya eran atenazados con fuerza por los dos gigantones. Decidió que sería mejor dejarlo correr y marcharse de allí antes de que las cosas se pusieran más feas para él.

—Volveremos a vernos —añadió a título de despedida—, y rece, si es que sabe, para que esa chica no le pase nada.

—Es usted un fantasma, señor Newman.

El compañero de Slim retorció el brazo derecho de Mike como si fuera de mantequilla, éste no pudo reprimir una mueca de dolor.

En menos que canta un gallo los dos hombres lo habían depositado en la calle. Slim le dijo, mientras le amenazaba con el dedo índice:

—No vuelvas más por aquí, al jefe no le gustas, le has puesto nervioso y si vuelves a hacerlo te haré pedazos con mis propias manos.

—Con la ayuda de tu amigo, claro —le increpó Mike aun a riesgo de recibir una paliza.

—Algún día nos veremos tú y yo en otras circunstancias y veremos qué haces con tu lengua.

Los hombres se metieron de nuevo en el edificio. Mike se tocó el brazo derecho. Le dolía, aquel individuo era un salvaje. Cogió de nuevo el coche y salió de allí camino del periódico. Aquello era importante, pero la edición del día debía salir puntual. No había duda de que a White no le había gustado su visita, pero debía reconocer que aquello no probaba nada, en todo caso que White era muy susceptible en algunos puntos, y que él y Mike tenían puntos de vista distintos en algunas cosas.

Cole Ryan entró en el estadio, faltaban todavía cuatro horas para que comenzara la velada, pero no era eso lo que le interesaba sino ver a Clark Nores. Preguntó por él y le dijeron que aún no había llegado. Salió fuera del estadio y entró en el bar-pabellón. Era el lugar que frecuentaba Clark. Se acercó a la barra.

—Un whisky —pidió—, ¿está por ahí Clark?

—No lo sé —respondió el camarero mientras le servía el whisky.

—Si sólo es un problema de memoria —dijo Cole a la vez que alargaba un billete, que dejó al alcance de éste.

—Sí, y es curioso, ahora que me acuerdo creo que puedo avisarle; según veo, seguro que es un asunto importante. ¿Quién le digo que quiere hablar con él?

—Ryan, dile que Cole Ryan —dijo siguiendo todo aquel estúpido proceso que era inevitable seguir.

—De acuerdo, señor Ryan —le dejó la botella para que se sirviera el mismo y se fue al otro extremo de la barra desde donde sacó un teléfono y efectuó la llamada.

Cole saboreó su whisky y encendió un cigarrillo. La paciencia era una de las virtudes fundamentales cuando se iba con la caña a pescar. Clark era un individuo extraño, pero siempre había obtenido buena información de él. Tenían un mutuo acuerdo que ambos respetaban hasta aquel momento, esperaba que la cosa continuase por los mismos derroteros.

El camarero se acercó de nuevo al lugar donde se encontraba Cole.

—Me ha dicho que le espere, no tardará mucho —le dijo.

—Gracias, eres muy amable —respondió Cole a modo de cortesía.

No habían transcurrido ni quince minutos, durante los cuales Ryan había estado elucubrando sobre la calidad del whisky y su importancia en las relaciones humanas, cuando Clark se presentó ante él.

—Hombre, mi querido amigo el atleta —dijo Clark, que así llamaba a Cole debido al aspecto físico de éste—. Hacía mucho que no nos veíamos, ¿en qué puede servirte mi humilde persona?

—Clark, eres un fantasmón, siempre lo he dicho. Déjate de rollos macabeos que ya sabes que conmigo no te valen de nada.

—Vaya, chico, por lo visto hoy no es tu día —dijo Clark, dándose cuenta de que Cole estaba más nervioso de lo que aparentaba.

—¿Te apetece una copa? —preguntó Cole.

—Sí, pero no de esa mierda que estás tomando. ¡Lucas! —llamó al camarero—. Mi amigo y yo vamos a tomarnos una botella de mi reserva especial ahí dentro.

—Lo que usted diga, señor Nores —respondió solícito el camarero.

—Caramba, señor Nores —sonrió sarcástico Cole.

—No te burles —amenazó Clark con el dedo índice.

—Me asustas, pero... —no pudo continuar, Clark le indicó con un gesto que le siguiese y así lo hizo. Penetraron en una sala, donde había varias mesas que eran como reservados. Clark no se paró allí, llegaron hasta el fondo de la sala, donde había una puerta con un letrero que ponía PRIVADO.

Entraron en aquel lugar. Era una verdadera *suite*. Con todas las comodidades del mejor hotel de la ciudad.

Cole abrió unos ojos como platos. Nunca se lo hubiera podido imaginar.

—¿Extrañado? —le preguntó Clark, que contemplaba el rostro del periodista.

—No me iba a creer si te digo lo contrario.

Clark asintió con un gesto. Tomaron asiento. Sacó dos copas y unos cubos de hielo. Escanció whisky de la botella.

—Pruébalo, ya verás la diferencia.

Tras probar un sorbo dijo:

—Desde luego es excelente. Se nota que te van las cosas bien.

—No me puedo quejar, pero me imagino que no es eso de lo que quieres hablarme. ¿Me equivoco?

—No. has dado en el clavo; quisiera saber algo de Cameron Rider.

—¿Y ése quién es? —preguntó Clark con aire ingenuo.

—Por favor, conmigo no, nos conocemos muy bien.

—¿Para qué quieres saber sobre él? —inquirió mucho más serio, su semblante denotaba que no le gustaba la pregunta de Cole.

—Es un asunto confidencial y seguirá siéndolo, no pienso utilizar la información para el periódico; es sólo cosa mía.

—Pues es una cosa delicada. Creo que te vas a meter en un lío si es que no lo estás ya.

Cole bebió un sorbo de whisky antes de proseguir:

—Me parece que lo que tú pretendes es asustarme para subir el precio.

—No, Cole, te aseguro que no; es más, no quiero nada por lo que voy a decirte. Se trata de un simple consejo: olvídate de Cameron y de todo lo que huela a él.

No le gustó la actitud de Clark, pero sabía que no le sacaría nada más. Que cualquier intento sería una pérdida de tiempo, aunque tampoco quería darse por vencido con tanta facilidad.

—Agradezco tu consejo. Ya has cumplido, ahora podrías darme la información.

—No me has entendido, o es que no quieres hacerlo; lo que te he dicho es cuanto voy a decirte y es más que suficiente. No todo el mundo ha tenido la suerte que estás teniendo, y te advierto que nuestras relaciones han sido siempre inmejorables. Sabes que te tengo ley. Me caes simpático, Cole, de otra forma no te avisaría.

—¿Desde cuándo sueltas discursos? —quiso saber Cole.

—Siempre lo hago cuando huelo a cadáver.

Aquello le impresionó. Al principio pensó que tal vez Clark exageraba un poco, pero en aquel momento y tras mirarle fijamente a los ojos pudo ver que no mentía.

Salió de allí sin poder sacar nada más. Todo aquel asunto le desagradaba. Mike no iba a estar muy satisfecho con sus averiguaciones. Claro que todavía tenía una posibilidad. Mike le había dicho que consultase con él cualquier paso que fuese a dar, pero pensó que no le iba a dejar hacerlo después de lo ocurrido. Cogió el coche y se encaminó al lugar. Pensaba en la pobre Clarise, y sabía que ella hubiese hecho lo mismo por él.

Aparcó dos manzanas antes del edificio. Apagó las luces del coche y salió de él.

Se acercó con sigilo. No se veía a nadie, aunque no era extraño, pues aquella zona era de las más tranquilas de la ciudad. Esperaba que no le pescasen dentro, de hacerlo lo meterían en la sombra por allanamiento de morada.

Sacó de su bolsillo una ganzúa, cuando llegó a la puerta principal. Siempre las llevaba por si acaso. En más de una ocasión le habían servido y aquélla era una de ellas. Abrió sin demasiados problemas. Tal y como había calculado el sistema de alarma todavía no estaba conectado, lo que no dejaba de ser una suerte.

Penetró con sigilo, todo estaba desierto, no había nadie en la casa; si no había nadie, ¿cómo era que el sistema de alarma estaba desconectado?

No tuvo tiempo de seguir pensando, se escuchó un leve ruido a su espalda y la luz se encendió de repente. Cuando quiso girarse un objeto contundente, impulsado por alguien, fue a conectar con su dura cabezota. Ya no pudo ver nada más. La noche se hizo profunda.

Cayó al suelo como un saco de patatas.

—¡Estúpido!

Era una voz grave.

En su rostro una enorme cicatriz le cruzaba el lado derecho desde la patilla al mentón.

CAPITULO VI

Dominique Floristen había acudido a aquella fiesta de una forma natural, ella se encargaba de los ecos de sociedad y era asidua a la mayoría de fiestas que se celebraban en Robson. Sin embargo, esta vez estaba allí por otra causa.

Se acercó a madame Kirc, que era una mujer de unos cincuenta años, aunque en realidad la edad era uno de los múltiples misterios de la mujer.

—Querida Dominique, me alegro mucho de verte, hace tanto tiempo que no cotilleamos tú y yo...

—Usted está siempre muy ocupada —dijo Dominique intentando halagarla, que era una de las mejores formas de romper el hielo.

—Es que la gente no para, qué vitalidad tienen algunos para intrigar, y, es lo que digo yo, como sigan así van a terminar connigo, esto no hay cuerpo que lo resista.

—Usted sí que puede hacerlo, es una de las mujeres más vitales que he conocido en mi vida.

—Gracias, Dominique, viniendo de ti el cumplido lo agradezco más que si viniera del mismísimo Stewart Siles.

Stewart Siles era el actor de moda. El guapo oficial de aquella época.

—No es ningún cumplido, si no la pura realidad, ya sabe usted que no soy amiga de elogios falsos.

—Sí, querida, y eso es lo que más me gusta de ti, te has convertido en un verdadero ogro para mucha gente. Te temen.

—No lo creo, se exagera mucho —dijo Dominique que estaba llevando la conversación al punto exacto. La señora Kirc se iba entusiasmando por momentos, y eso era bueno, cuando llegaba a aquel punto disfrutaba de una forma colosal y no cejaba de largar. Eso era lo que quería Dominique.

—Qué va, si yo te contara... —insinuó.

—Le digo que son exageraciones; algo me han dicho, pero la verdad es que no he hecho el más mínimo caso.

—Pero es cierto, claro que ya sé que hay personas que carecen de credibilidad, pero, ¿estarías dispuesta a creerme a mí? —preguntó en el colmo del deseo de soltar todo cuanto quería decir.

—Por supuesto, usted es otra cosa, sé que sería incapaz de mentir.

La señora Kirc sintió un calorcillo que le subía por todo el cuerpo. Era un calorcillo de satisfacción. Le gustaba que la adorasen y Dominique lo estaba haciendo, cosa la verdad nada

frecuente en ella. Ese punto debería hacerla hecho sospechar, pero la vanidad de la señora Kirc era algo fuera de lo normal.

—Pues hasta se dice que John White te teme, y por eso ha dejado de acudir a las fiestas donde tu presencia está asegurada.

—No me diga, eso sería demasiado; lo que creo es que sus muchas ocupaciones le han retirado de la vida social.

—Cómo se nota que no conoces al viejo bribón, no hay nada que más le guste que las fiestas.

Aquello era toda una revelación. Por lo visto la señora Kirc conocía a White mucho mejor de lo que la propia Dominique pensaba.

—Y te lo puedo asegurar, pues yo conozco al viejo muy bien.

—¿Quiere decir...? —fue a preguntar Dominique, pero en seguida se dio cuenta de que no se trataba de la pregunta adecuada en aquellos instantes. Por suerte la dama estaba ya lanzada en plena recta orgásmica y no dio por mala la casi pregunta.

—Sí, lo conocí hace años cuando era un don nadie. Eso sí, no había joven más apuesto que él. Las mujeres de la alta sociedad se lo rifaban.

—¿Le apetece un ponche? —preguntó Dominique con objeto de alargar la conversación de una forma menos sospechosa. En la fiesta ya se comenzaba a comentar el aparte que tenían las dos mujeres.

—Sí, querida, la verdad es que tanta charla me ha dado sed.

Fueron hacia el lugar donde unos bien uniformados camareros atendían con amabilidad a los invitados, esbozando a cada instante la mejor de sus sonrisas. Dominique sabía que su postura era ficticia y que en el fondo de sus corazones sentían una profunda aversión hacia lo que ellos consideraban gentuza. En algunos casos sus apreciaciones eran bastante acertadas.

Se les acercó el duque de Bier.

—¡Caramba!, ¿qué hacen dos bellezas como las presentes tan solitarias? —preguntó el duque intentando halagar la vanidad de las dos mujeres.

El duque era un aristócrata venido a menos, que había sido tratado con dureza por Dominique en algunos artículos; no obstante, siempre se mostraba amable con ella. Y en algunos momentos sospechosamente comprensivo. Era un cínico con careta constante.

—Tú siempre tan galante, duque. ¿No es un amor Dominique?

—La señorita Floristen no me mira con demasiados buenos ojos —dijo el duque.

—Eso no es cierto —protestó Dominique—, yo no tengo nada

personal contra usted, sólo debo informar a mis lectores y le aseguro que intento hacerlo con la mayor objetividad.

—Eso no lo dudo, señorita, lo que ocurre es que suelo salir bastante mal parado en sus artículos. Es posible que la culpa sea mía. no se lo discuto, pero he llegado a pensar que lo que ocurre es que no le caigo simpático.

Dominique intentó sacarse de encima a aquel pesado del duque, pero a medida que transcurría el tiempo se daba perfecta cuenta de que aquello iba a resultar difícil, por no decir imposible. Una furia interna la dominaba en aquellos momentos, pero no podía hacer nada. Mike había sido muy claro y tajante en sus órdenes: nada de llamar la atención, y así debía hacerlo, con lo que decidió resignarse a la situación planteada. Era una lástima, pues tardaría en volver a tener tan a tiro a la señora Kirc.

—Estábamos cotilleando —dijo la señora Kirc.

—No lo creo —negó el duque—; usted, y por supuesto la señorita, serían incapaces de hacer una cosa semejante.

—Está usted muy irónico —dijo Dominique.

—En absoluto, digo lo que siento y no creo que eso sea censurable.

—Mi querida amiga, el duque está haciendo esfuerzos sobrehumanos por caernos simpático, seguro que esperando a cambio un artículo que por una vez hable bien de él.

—Por favor, señora, la señorita es capaz de creer vuestras palabras y yo quedaría en una posición muy embarazosa.

—¡Zarandajas! Dominique es una mujer moderna y entiende a la perfección lo que quiero decirle. Está muy por encima de todos esos intrigantes de por ahí.

La charla siguió por caminos convencionales. No hubo forma de volver al motivo inicial de la conversación. Dominique maldijo al duque, que no la dejó ni a sol ni a sombra.

Dominique decidió marcharse en vista de que la ocasión se había perdido, sabía que había un medio más arriesgado pero a la vez más seguro para saber lo que quería.

El duque insistía en acompañarla.

—Por favor, señorita, para mí no es ninguna molestia. Será un verdadero placer.

—De verdad que os lo agradezco, duque, pero vuestro sitio está en la fiesta, reparad en aquel grupo de mujeres. Están celosas, creo que si pudieran me sacarían los ojos.

—Eso no es cierto, lo que pasa es que están aburridas, no hay demasiadas cosas de las que hablar.

Por fin consiguió escaparse del acoso del duque.

Subió en su coche y antes de dar el contacto notó algo extraño

en él.

Tuvo el tiempo justo de salir y alejarse. El coche voló en pedazos.

La onda expansiva la arrojó al suelo.

CAPITULO VII

Mike Newman terminaba de hablar con el doctor Rogers en el hospital general sobre la evolución de Clarise Portes, cuando se tropezó con Dominique a la que llevaban allí en aquel momento para curarla, por fortuna, de las pequeñas quemaduras que le habían producido la explosión de su automóvil.

Aquello comenzaba a complicarse de una forma extraordinaria. Era indudable que lo sucedido a ambas no podía atribuirse a la casualidad.

—¡Ha sido horrible, Mike! —le decía Dominique que todavía no se había recuperado de la impresión.

—Esto está que arde, espero que no le haya sucedido nada a Cole.

La verdad es que le preocupaba a la vista de lo que estaba sucediendo. Claro que él sabía cuidarse bien. Eso era lo que quería creer. Estaban caminando sobre un polvorín, de eso no tenía duda.

—Avísale —dijo Dominique—, es mejor que vaya prevenido, puede encontrarse con una sorpresa en el momento más inesperado. Todavía no sé cómo me salí de allí. Fue algo instintivo.

—Como un sexto sentido que te avisó del peligro —dijo Mike.

—Algo parecido, sólo de pensar en lo que habría pasado unos instantes después si no salgo...

—Olvídalo, Dominique. Será mejor que te quedes hoy aquí.

—Pero si estoy bien, por suerte no ha sido nada.

—Prefiero teneros a las dos aquí, será más fácil vigilaros.

—¿Qué quieres insinuar? —preguntó Dominique, que estaba muy preocupada aunque intentaba hacerse la valiente.

—Voy a poner vigilancia en el hospital. Es casi seguro que no intenten nada, pero no quiero correr más riesgos.

Y era cierto. Cogió el coche y se fue a ver al teniente Serman. La cosa no podía esperar más. Esta vez tuvo suerte y fue el mismo teniente en persona el que le recibió. Mike estaba muy alterado.

—¡Hombre, Mike! Iba a llamarte, me han dado tu recado,, pero me alegro de que estés aquí. Vamos a mi despacho, estaremos mejor.

Entraron en el despacho del teniente y Mike le explicó todo lo que había sucedido hasta aquel momento.

—Por supuesto que enviaré a un par de mis hombres al hospital, supongo, como tú, que no intentarán nada allí, pero yo tampoco quiero correr riesgos —dijo el teniente.

—El que me preocupa ahora es Cole, he llamado a la redacción y no hay noticias suyas.

—Eso es dramatizar —dijo el teniente intentando calmarle—; comprendo que estés nervioso, pero tú siempre has sido un hombre templado.

—Nunca han intentado cargarse a mis colaboradores como ahora, y todos los indicios conducen a un solo punto.

—Mike, eso es muy peliagudo, no creo que White se arriesgase a ponerse en evidencia de una forma tan descarada.

—¿Dime quién? —preguntó con escepticismo ante la postura del teniente, que por otra parte era lógica.

—No lo sé, si lo supiera ya estaría en nuestras manos, pero te aseguro que voy a hacer cuanto esté en mi mano para averiguarlo.

—Eso no lo dudo, pero, ¿qué vas a conseguir?

—Cuando termine te lo diré, y haz el favor de dejar las investigaciones a los profesionales. No creo que a ti te gustase que yo me pusiese a escribir en *El Cronical*.

Iba a decir que no era lo mismo, pero se contuvo, pues sabía que no tenía razón.

Salió de la comisaría mucho más tranquilo, como mínimo no tendría que preocuparse de Clarise y Dominique. Sólo deseaba que la pobre Clarise saliese de aquel estado. El médico le había dicho que iba bien, pero que todavía quedaban veinticuatro horas y éstas eran las peores, ya que eran las decisivas.

Paró un momento frente a su apartamento. Dejó el coche mal aparcado y subió a él. Al llegar conectó el contestador automático con la remota esperanza de que Cole hubiese llamado.

Fue inútil, en el contestador no había registrada ni una sola llamada.

Volvió a llamar al periódico, Cole no había dado señales de vida. En cualquier otras circunstancias aquello le habría parecido normal, pero en ese instante se temía lo peor. Conocía a Cole muy bien y sabía que no se hubiese dejado intimidar por nadie, lo que hacía de él una presa fácil.

Era casi seguro de que él sería la próxima víctima. Como no lo había pensado antes. Miró el reloj, dentro de una hora él estaría en su casa si todo hubiese sido rutinario, sentado en el sillón frente a la ventana.

Cruzó por su mente como un relámpago. Tal vez fuese una locura, en realidad parecía más locura que otra cosa, pero no era todo aquello también obra de locos. ¿White o no? Esa pregunta ahora se le presentaba con más fuerza que ninguna. El teniente Serman podía tener razón, claro que no se podía descartar nada.

Un disparo sonó desde la casa de enfrente, y fue a dar con gran exactitud en el lugar en que estaba sentado Mike.

El hombre, tras efectuar el disparo, pasó a desmontar el rifle con toda tranquilidad. La verdad es que había sido todo muy sencillo, lo que podía llamarse un trabajo limpio y fácil.

Una vez tuvo el rifle desmontado y colocado en su funda, se preparó un trago.

Recogió la funda del rifle y se dispuso a salir.

—¿Qué, de paseo? —le preguntó Mike que estaba frente a él. El hombre se quedó blanco al ver al hombre que acababa de matar hacía sólo unos minutos.

Mike no le dejó reaccionar y le propinó un golpe en el plexo solar, seguido de un gancho en la mandíbula que le envió en brazos de morfeo. Lo entró en la casa y desde allí llamó a la policía. Poco después Mike y el hombre eran conducidos a comisaría.

—Tuviste una estupenda idea —dijo el teniente Serman—, pero deberías haberme llamado antes.

—Podía ser tan sólo una sospecha ingenua —dijo Mike, que había colocado en su lugar un muñeco con sus ropas sentado en su sillón. El resto había resultado fácil.

—Aun así no sé a qué viene todo este lío, pero alguien por lo visto quiere acabar con vosotros en bloque. Deberíais tomaros unas vacaciones hasta que se aclare todo. Si quieres hablaré con el director.

—No hace falta, ya lo haré yo aunque no creo que sea necesario.

—Mike, por favor, deja de jugar a los detectives, ése no es tu trabajo, esto es mucho más serio de lo que parece. ¿Sabes algo de Cole?

—No, y me temo que no lo veremos en algún tiempo.

—¿Quieres insinuar que habrán acertado con él? —preguntó el teniente.

—No quiero insinuar nada, pero no me gusta todo esto, los tres estamos con vida de milagro. Clarise hasta mañana no saldrá fuera de peligro, si es que lo hace, y Cole no da señales de vida. ¿Qué crees que puedo pensar?

El teniente no respondió.

No sabía qué decir, en el fondo él también creía lo mismo. Parecía una campaña orquestada contra *El Crónica!* o al menos contra algunos de sus colaboradores.

—Yo sigo en mis trece —dijo Mike—, la única relación que hay en los cuatro atentados es John White. Tú puedes pensar lo que quieras, pero es así.

—Es un hombre muy influyente, Mike, sin pruebas no puedo hacer nada y, suponiendo que tú estés en lo cierto, estoy seguro de que dispondrá de una coartada perfecta.

Mike asintió resignado.

—¿Qué podemos hacer? —preguntó sintiéndose impotente ante los acontecimientos que desbordaban a un periodista como él.

CAPITULO VIII

Cole Ryan comenzó a sentir que la luz hería sus ojos. Le dolía la cabeza y comenzó a recordar lo sucedido. Abrió por fin los ojos y vio que se encontraba en una especie de celda. Nadie se había molestado en atarle. Se encaminó hacia la puerta, y vio que estaba blindada. No tenían miedo de que escapase. Parecía imposible hacerlo de allí. Pensaba en Mike, que era casi seguro que le estaría maldiciendo. Debía haberle advertido de cuáles eran sus intenciones. Sabía que era peligroso, pero nunca pudo pensar que le estuvieran esperando.

Tras una inspección de aquella celda, en la que se encontraba prisionero, llegó a la conclusión de que era inútil malgastar fuerzas buscando la forma de salir de allí.

Se tendió en la litera que había en la parte lateral derecha pegada a la pared.

No le quedaba más que esperar. La espera como única salida y eso a él no le gustaba.

Estaba ensimismado en sus pensamientos cuando de pronto sintió unos pasos que se acercaban a la puerta. Se levantó de la litera y se dirigió hasta la puerta. Pegado a ella casi podía oír las respiraciones de los individuos que estaban en el otro lugar. Sintió cómo ponían la llave en la cerradura y giraba. Contuvo el aliento, tal vez se le presentase una oportunidad, aquella gente fuese quien fuese parecía muy confiada.

En aquel preciso instante sonó una enorme explosión. Los hombres salieron corriendo hacia el lugar de la misma. Se oían voces y chillidos. Cole miró fijamente la puerta. Estaba abierta, se habían marchado sin cerrarla. Pensó durante unos instantes que podía tratarse de una trampa, sin embargo la explosión había sido real o al menos a él se lo había parecido. No vaciló más y abrió la puerta. Miró a un lado y a otro. No se veía a nadie en aquel largo pasillo. Corrió por él. Se detuvo un momento al ver a varios hombres que corrían despavoridos, luego siguió su marcha. Resultó coser y cantar. En cinco minutos estaba libre. Aquello era una fábrica de conservas. Corrió hasta la carretera. Esperaba que alguien lo recogiera y lo llevara a la ciudad. Todo había sido muy extraño. Tal vez sólo la suerte...

Debía salir del lugar antes de que se percatasen de su huida. Intentó detener dos coches que iban en dirección a la ciudad, pero su esfuerzo resultó baldío. No se detuvieron. Por fin un camión pasó a su lado.

—¿Va a la ciudad? —preguntó Cole.

—Esa es mi intención, llevo doce horas en la carretera y estoy algo cansado.

—¿Puede llevarme? —inquirió casi implorante.

—Suba rápido, no me irá mal charlar con alguien; la verdad es que ha sido un viaje infernal, de esos que le hacen a uno pensar en dejar el oficio.

Cole subió y se sentó al lado del corpulento conductor del camión.

Estaban a unos quince kilómetros de la ciudad. El camionero era muy parlanchín. Debía haber sufrido mucho viajando solo.

—Y es que mi ayudante estaba esperando el primer hijo; bueno, él no, su mujer, y ya sabe cómo son los primerizos.

—No, no lo sé —dijo Cole.

—Así que soltero, no se sabe usted la suerte que tiene. Pájaro libre, sin obligaciones y lo que es mejor sin nadie que le controle a uno. Eso es vida.

—El matrimonio es una elección libre. Nadie obliga a...

—Sí, ya lo sé, pero uno esté ensimismado con el lazo que le han tirado. Y es que las condenadas saben hacerlo muy bien. Uno es débil, y qué quiere, es ley de vida, siempre ha sido igual.

Cole convino en que tenía razón, lo único que pasaba en aquel momento es que él no estaba para filosofía popular. Acababa de escapar de un lugar al que habían llevado con intenciones inconcretas. Tenía necesidad de hablar con Mike.

—Hablando de todo, ¿qué hacía usted allí? —le preguntó el camionero.

Cole dudó unos instantes, los suficientes para que el hombre del camión se diese cuenta.

—Bueno, amigo, no me diga nada si no quiere, sé que no es asunto mío.

—No, si no es eso; verá, soy reportero de *El Cronical* y estaba haciendo un reportaje.

—Es una buena mentira —dijo el camionero, que no le creyó ni una sola palabra.

Cole se echó a reír también, con lo que se creó un ambiente de camaradería entre ambos.

—Tengo que parar a poner combustible. Ya falta muy poco, si no le importa.

—El camión es suyo, amigo. No me mire así. No me importa; es más. le invito a un trago, a mí también me vendrá bien, la verdad es que tengo la boca seca.

—Se lo acepto, porque como estoy ya casi en destino. No es bueno beber cuando hay mucha carretera por delante —dijo a modo de disculpa cuando la realidad era que se estaba muriendo de ganas de echar un trago.

Cole pensó que podría llamar desde allí. Ya no creía que lo

siguiesen, pero tampoco podía estar seguro. Deseaba que Clarise estuviera fuera de peligro. La cabeza aún le dolía, pero no demasiado y podía dar gracias a que su imprudencia se hubiese saldado con un simple chichón. Tenía la cabeza dura, no había ninguna duda.

Bajaron en la gasolinera y mientras llenaban el depósito del camión se metieron en el bar a tomar una copa. Todos los del bar saludaron al camionero, lo que demostraba que aquel hombre acostumbraba parar allí.

Cole fue al teléfono. Encontró a Mike en el periódico.

—¿Dónde estás? —le preguntó; Cole se lo dijo—. No te muevas de ahí que vamos a buscarte en seguida.

—Per... —quiso protestar Cole, pero fue inútil Mike le había colgado. Estaba anonadado, no entendía nada.

—Me quedo aquí, unos amigos vienen a buscarme —le dijo al camionero.

—Me alegro, así podré quedarme un poco más, pues no puedo descargar hasta mañana y normalmente dejo siempre el camión aquí.

—¿Estabas dispuesto a llevarme? —le preguntó Cole.

—Claro, amigo, un camionero no recoge a la gente para dejarla tirada luego.

No había duda, era un gran tipo.

Media hora más tarde la sirena de un coche policía revolucionó el bar. Cole se asomó y vio bajar de él a Mike Newman, que salió corriendo como una bala al lugar donde se encontraba Cole.

—¿Estás bien, muchacho? —le preguntó, mirándose como el que ve a un muerto.

—Sí..., creo que sí —pudo balbucir Cole, que no entendía nada. En ese momento el camionero se le acercó.

—¿Estás en algún apuro, compañero? —preguntó mirando con desprecio a Mike y a los dos policías que le acompañaban.

—No, tranquilo, son amigos —respondió Cole.

—Pues si lo son que se tomen un trago con nosotros.

Y no hubo manera de disuadirlo. Tuvieron que tomarse el trago. Diez minutos más tarde, montados en el coche patrulla, iban camino de la comisaria. Por el camino Mike le fue comentando las novedades. Cole se iba poniendo pálido por momentos.

—Entonces estoy vivo de milagro.

—Todos estamos vivos de milagro —dijo Mike.

—¿Así que me creías en el otro mundo?

Mike asintió.

CAPITULO IX

Se había publicado en todos los periódicos de la mañana: el famoso industrial John White complicado en el intento de asesinato de unos conocidos periodistas de *El Cronical Post*. Uno de los hombres que intentó asesinar a Mike Newman había cantado sin música. El industrial había sido detenido por la policía local. Lo había negado todo.

Esa era la noticia del día, todo Robson estaba conmovido. En el hospital general Mike Newman y Co le Ryan estaban hablando con el director del mismo.

—El peligro ha pasado, la señorita Portes se recuperará.

—Es la mejor noticia que podía darnos, doctor —dijo Mike, que estaba muy emocionado.

Al grupo se unió Dominique Floristen.

—¿Lo sabes ya? —le preguntó Cole Ryan.

—Claro, de algo tenía que servirme el estar internada aquí. Supongo que ahora ya podré salir.

—Por mí no hay ningún inconveniente —afirmó el director.

Dominique se quedó mirando a Mike, esperando las palabras de éste.

—No me mires a mí, todo depende del teniente Serman.

—Mike, por favor, que fuiste tú el que le llamaste. Te aseguro que estoy harta de estar sin hacer nada. Con White entre rejas nadie se atreverá a hacernos nada.

—No estoy de acuerdo contigo —aseguró Mike—, ahora puede ser el momento peor —hubiese querido añadir que no veía nada claro la forma en que se había solucionado todo aquello. Comenzaba a dudar de la culpabilidad de White, aunque tal vez sólo fuera producto de su muy retorcida mente. Tendría que visitar a un siquiatra de continuar especulando cosas extrañas. No dejaba de ser peligroso.

—De todas formas —prosiguió Mike ante la casi súplica de Dominique—, te prometo interceder por ti ante el teniente —lo dijo sonriendo.

—Muchas gracias, generoso —dijo ella—. Eres el ser más odioso que conozco.

—Te advierto. Dominique, que el trabajo nos espera, con lo que quiero decirte que yo soy el más interesado en que salgas de aquí cuanto antes.

—Ya salió el espíritu del jefe —rió Cole Ryan—, pensé que por un momento habías olvidado tus obligaciones, pero veo que estaba equivocado.

—¿Cuándo podremos ver a Clarise? —preguntó Dominique.

—Según el doctor a partir de mañana, pero no debemos molestarla mucho. Se pondrá bien, sin problemas físicos, más no es posible saber qué repercusiones síquicas ha podido tener todo lo sucedido.

Era lógico, Clarise estaba fuera de peligro de su traumatismo craneal, una vez pasado el peligro su recuperación física sería rápida, pero era imposible poder dictaminar aún cómo estaría su estado anímico.

Abandonaron el hospital Mike y Cole, con la firme promesa de que Dominique lo haría también ese mismo día.

—No veo el porqué de tu inquietud —dijo Cole a Mike mientras iban en el coche de éste.

—No lo sé, la verdad es que me parece todo muy extraño. Es como si algo se me escapase.

—Producto de los acontecimientos, han sucedido encadenados de una forma vertiginosa. Han sido demasiadas emociones seguidas.

—Tal vez sea sólo eso. Quisiera creer que es así, pero cuanto más intento tranquilizarme más intranquilo me quedo.

—Esto se arregla con una buena juerga. Eso es lo que nos hace falta a los dos. Whisky, toneladas de él y un par de bombones. Mañana nuevos.

—Y con un tremendo dolor de cabeza —dijo Mike.

—Pero curados, y ya se sabe, al que algo quiere algo le cuesta. Tú quieres que desaparezcan tus inquietudes, que por otra parte son producto de un exceso de tensión, y yo te estoy ofreciendo la fórmula. ¿Qué más quieres?

—¿Estás seguro de que no es una excusa para apuntarte a la juerga?

—¿Me crees capaz? —preguntó Cole poniendo la cara de niño travieso que tan buenos resultados le había dado siempre.

—Pues claro que te creo capaz de eso y de mucho más, pero aunque sea así por una vez te voy a hacer caso. Vamos a ver a Serman. y luego la cura, Ryan.

—Así me gusta, jefe, me doy cuenta de que poco a poco te vas a convertir en un ser humano.

Rieron ambos con ganas.

A los pocos minutos Mike detuvo el coche frente a la comisaría. El teniente Serman estaba en su despacho. El teléfono no cesaba de sonar.

—Veo que estás ocupadísimo —dijo Mike.

—No te lo puedes imaginar, esto es horrible. White dispone de más influencia de la que pensábamos.

—¿Quieres decir que saldrá libre? —preguntó Mike temiéndose lo

peor a pesar de que ahora no estaba muy seguro de nada.

—De momento no hay fianza, pero las presiones son enormes. Claro que me gustaría que dejaras de preocuparte, ya pasó todo y te aseguro que no vamos a dejar que se salga con la suya. —Las palabras del teniente eran convincentes o al menos lo hubieran sido para cualquiera. Ese no era el caso de Mike Newman, que se daba cuenta que Ryan tenía razón. Era preciso ahogarlo todo en whisky. Con la resaca era posible que todo volviera a la normalidad.

Cuando salieron de allí le dijo a Cole:

—Voy a llamar al periódico para dejarlo todo en orden y podemos empezar la terapia del doctor Ryan.

—Es lo más sensato que he oído en los últimos días —dijo Ryan, que estaba emocionado.

—Estás más loco que una cabra —le increpó Mike.

—En mi trabajo ¿tienes quejas de mí? —le preguntó sin dejar de sonreír.

—No, eso es cierto —tuvo que reconocer.

Cole se encogió de hombros.

—Pues haz el favor de olvidarte de todo hasta mañana.

—¡Okay! —era el asentimiento. No debía darle más vueltas a todo aquello. Se dejaría llevar por la corriente—. Tú mandas.

Llamó por teléfono a *El Cronical*. Todo estaba normal. Con el follón de siempre, agravado por los acontecimientos últimos, pero dentro de todo lo normal que podía ser.

—Bueno, ¿ya has terminado con el rollo? —inquirió Cole.

—Por hoy sí —respondió Mike.

—Menos mal, porque la verdad es que estoy sediento.

Caminaron durante unos instantes justo hasta llegar al primer bar, allí Cole decidió entrar.

—Una botella de whisky —pidió nada más entrar en el pequeño bar que estaba vacío en aquellos momentos.

—Pero... —fue a protestar Mike.

—¿No quedamos en que el doctor era yo y estabas dispuesto a ponerte en mis manos?

—No he dicho nada —dijo Mike resignándose a su suerte. Por un momento pensó en la resaca del día siguiente, en Clarise, en Dominique, en White. Sólo fue mientras tomó los cuatro primeros whiskies, después ya todo dejó de importarle.

CAPITULO X

—¡Esto es vida! —exclamó Cole Ryan mientras se bebía un nuevo whisky, a su lado Mike Newman reía alborozado. Eran las doce de la noche y llevaban grandes dosis de bebida. Todo pertenecía al pasado. Nada les había sucedido. Era como si celebrasen su bautizo, y en realidad habían vuelto a nacer.

—¿Has visto qué rubia? —le preguntó Cole, señalándole una exuberante mujer con cabello rubio platino.

—Sí, pero a mí me gusta más la morenita que está a su lado. Esa es algo demasiado, no sé cómo explicarte —respondió Mike, que no quitaba los ojos de una chica joven que estaba al lado de la escandalosa rubia platino.

—No hace falta que te justifiques, contra gustos no hay nada escrito y si lo hay me da lo mismo.

—En eso estoy de acuerdo, es uno de los discursos más bonitos que he oído en mi vida, sabes, creo que deberías presentarte a las próximas elecciones, harías un candidato excelente.

—Es una gran idea, me extraña que no se me haya ocurrido antes.

—Estás demasiado atareado con tu trabajo, deberías hablar con tu jefe —dijo Mike.

—Yo de ti no lo haría, tengo un jefe demasiado cascarrabias.

—Pues envíalo a hacer puñetas, que hay algunos que en cuanto les dan unos galones se creen con derecho a atropellar a todo el mundo y eso no está nada bien.

—Claro que no, en cuanto me lo eche a la cara me va a oír el muy imbécil.

Estaban divagando sumergidos en un mundo nebuloso, en el que todo era irreal y fantástico, el tiempo parecía detenido. Un sopor de euforia le invadía. Tal vez fuese absurdo todo aquello, pero estaba dentro de los cánones de la terapia antigua como la vida en el planeta del hombre. Mucho antes que Freud y su maldito psicoanálisis. Aquello era terapia natural y de la buena. Sus efectos no eran peores que el de los sedantes, con la ventaja sobre ellos que resultaba agradable. Podía hacerse toda una disertación que justificase la actuación de Mike y Cole aquella noche, pero a ellos no les importaba en absoluto. Estaban viajando a un lugar lejano donde Robson, como ciudad, no existía, de la misma forma que *El Cronical* era nada en absoluto.

—¿Quieres que las vaya a buscar? —preguntó Cole, refiriéndose a las dos mujeres.

—¿Tú crees que seremos una buena compañía para ellas? —preguntó Mike temiendo ser rechazado por las mujeres.

—Somos la mejor compañía que pueden encontrar esta noche, te lo digo yo y te aseguro que de eso sé un rato.

—Me pongo en tus manos una vez más.

—Puedes hacerlo con toda la tranquilidad del mundo. te aseguro que no te arrepentirás.

—Estoy seguro —afirmó Mike, mientras Cole se fue hacia las mujeres.

Parecía increíble, pero aún se sostenía en pie a pesar de las ingentes cantidades de whisky que habían ingerido. No había duda, Cole era todo un fenómeno. Eso era lo que pensó Mike, al que tampoco parecía haber hecho demasiada mella el alcohol. Tal vez la tensión nerviosa anterior les hacía inmunes. Era una cosa que no se podría saber hasta el día siguiente. Pero ¿quién pensaba en aquellos instantes en el día siguiente?: NADIE.

Y Mike Newman pudo ver cómo Cole venía hacia la mesa con las dos mujeres. Los tres venían riendo, lo que no dejaba de ser una buena señal.

—Mike, ésta es Peggy, la morena por la que tanto suspirabas —se echaron a reír los tres. Mike, tras unos momentos de vacilación, hizo lo propio. La juerga tenía que seguir. Ahora comenzaba a ponerse interesante.

—Peggy nos ha invitado a su apartamento —dijo Cole—. ¿Qué te parece?

—¡Maravilloso! —exclamó Mike, que miraba con ojos tiernos a la hermosa Peggy.

* * *

—¡Champaña para todos! —dijo Peggy sacando una botella del congelador de su nevera.

—¡Aleluya! —gritó Cole—. Eres un hombre de suerte. Mike, con una princesa así de previsora se puede cruzar el Rubicón como César.

—¿Y yo qué, guapo? —protestó la rubia platino.
—Tú eres el verdadero placer de los dioses —le dijo acariciándole el exuberante busto.

Mike aún pudo destapar la botella, que pegó un enorme estruendo.

—¡Salud, princesas! Brindemos por vosotras y por todo el mundo, que se borre de una vez por todas la injusticia del mundo —propuso Mike.

—¡Me gustas, muchacho! —dijo Peggy acariciándole el cabello.
—Y tú me fascinas —replicó Mike.
—Chicos, chicos, moderaos —pidió Cole, que estaba realizando un curioso experimento con la rubia.
—¿Y tú qué haces? —preguntó Mike riendo.
—Estoy comprobando hasta dónde es cierto todo lo que nos han contado sobre la ley de la gravedad.
—¿Tú crees en esa ley? Te creía más moderno.
—Hay cosas que son tan antiguas como el propio mundo —sonrió colé.
—Puede, pero todo es susceptible de mejorar —agregó Peggy.
—Bien dicho, preciosa —aplaudió la ocurrencia Mike.
—Pues yo tengo que defender a mi atleta —salió en defensa de Cole la rubia platino.
La botella de champaña cayó como por arte de magia. Era una mezcla explosiva, que podía catalizar el efecto aletargado del whisky y provocar una inmensa borrachera.
—Camino despacio por las veredas del pensamiento.
—Cole, estás hecho un auténtico poeta —le dijo Mike.
—Es que soy un poeta frustrado; ¿es que después de tanto tiempo de trabajar juntos no te habías dado cuenta? Eso es imperdonable. Y la verdad es que no voy a perdonártelo.
Mike se puso de rodillas en actitud suplicante, pidiéndole perdón. Cole le roció con champaña.
—Está bien, súbdito mío, yo te perdono y te bendigo con espumoso elemento recién traído de mis viñedos franceses.
—Te han puesto perdido, gatito mío —le dijo Peggy mimosa al oído.
Es el castigo que estaba mereciendo Mike y así lo pensaron todos, cuando los pensamientos no se sabía bien qué eran o de quién.

* * *

El sonido del teléfono sentó a Mike como una verdadera pedrada. Le dolía horribilmente la cabeza. A su lado Peggy yacía completamente desnuda. Intentó poner las ideas en claro, aunque resultaba difícil. Cuando se dio cuenta de que estaba todavía en casa de Peggy dejó de preocuparse por el teléfono. Por un momento pensó que alguien le llamaba.

Volvió a dormirse y esta vez soñó con una pradera repleta de

pieles rojas. Estos bailaban alrededor de un par de blancos que estaban atados a unos postes de tortura. Cuando la imagen del sueño enfocó a los dos rostros pálidos pudo darse cuenta que se trataba de él y Cole. Un sudor frío comenzó a recorrerle todo el cuerpo y se despertó por completo.

Se fue directo a la ducha.

Tras tomar café decidió que era hora de despertar a Cole.

CAPITULO XI

Carl Forest era uno de los más prestigiosos abogados de Robson, y se había hecho cargo de la defensa de White. El poderoso industrial estaba encerrado en una celda de la prisión de la ciudad. Eso sí, era una celda lujosa, y el hombre no carecía de ninguna de las comodidades a las que estaba acostumbrado. Pero su confinamiento y acusación, que por otra parte todavía tenía que probarse, le tenían sumido en una gran depresión: Las acciones de la White Company habían sufrido un espectacular y alarmante bajón, que tenía conmocionada la Bolsa de Robson.

Carl Forest fue a visitar a White. Lo encontró aparentemente tranquilo bebiéndose una cerveza.

—¿Qué novedades hay? —preguntó nada más ver entrar al abogado.

—No hay posibilidad de conseguir fianza, el fiscal se opone y el juez está de acuerdo con él.

—Eso me suena bastante irregular —dijo White.

—Todo esto es muy irregular, señor White, debería usted confiar en mí.

—Mi admirado señor Forest, no le pago para que me sirva de confidente sino para que me saque de aquí cuanto antes.

—Estoy haciendo lo que puedo, señor White, y si usted me ayudase haría mucho más efectiva mi labor.

—Yo no soy abogado y desconozco todas esas zarandajas, pero lo que puedo decirle es que todo esto es un complot contra mi persona. Yo no he contratado a ese fantoche ni le he visto en mi vida.

—El asegura que sí —dijo el abogado.

—¿Puede más la palabra de un asesino que la mía? —preguntó White de forma violenta.

—En teoría puede que no, pero las evidencias indican hacia usted.

—Pero son sólo evidencias, por lo que no veo el motivo de que tenga que permanecer encerrado.

—Tal vez no tenga usted tantos amigos como cree.

—No tengo ninguno —cortó tajante White—, sólo gente a la que pago sus servicios.

—Eso no es bueno, señor White, ahora podría necesitar más que nunca de los amigos.

—Sigo pensando lo mismo que siempre, si yo hubiese sido una de esas personas que fomentan la amistad me encontraría exactamente igual que ahora, se lo puedo asegurar.

—Discrepo de usted, señor White, y no veo fundamento a sus

palabras.

—Es muy sencillo, dilecto abogado; en una ocasión como ésta, en la que se me quieren imputar cuatro asesinatos frustrados, no habría nadie que saliese en mi defensa por el solo hecho de considerarse amigo mío, por desgracia la amistad humana no llega a esos niveles de sublimación que nos explican esos locos adorables que son los novelistas.

—Es usted un ser sin sentimientos —agregó el abogado.

—Es posible, pero si los hubiese tenido le aseguro que ahora no podría permitirme el lujo de tenerle a usted como abogado. Sus honorarios no son lo que se puede decir económicos. Y me imagino que usted, que vive maravillosamente bien gracias a la desgracia ajena, se considerará un hombre de principios y extraordinarios sentimientos.

Las palabras de White eran duras como él mismo y habían herido al abogado.

—Me está usted ofendiendo, señor White.

—Sé que no le caigo simpático, abogado, pero sepa que usted a mí tampoco; por otra parte, no es preciso que exista ningún lazo afectivo en nuestra relación. Yo le pago, y muy bien, usted como profesional al que le gusta el dinero debe sacarme de aquí, todo lo demás es pura y estúpida palabrería que no conduce a ninguna parte.

—Eso ya lo sé, mi admirado señor White.

—Mis acciones siguen bajando y eso me preocupa en demasía.

—Es el pánico, debía usted imaginarse que sucede ría algo así —dijo el abogado.

—Claro que me lo imaginaba, o se cree que mi fortuna me la han regalado. No me menosprecie, Forest; aunque ahora me vea aquí dentro, piense que no estoy aún derrotado. Mucha gente ha intentado a lo largo de mi vida dejarme en la cuneta sin conseguirlo. Soy peligroso cuando me enfado y empiezo a estar molesto.

—Ese carácter suyo no le beneficiará demasiado en el juicio.

—¿Quiere decir que esta mascarada seguirá hasta el final?

—Me temo que sí, señor White, si usted fuera más razonable podría preparar una defensa consecuente, otra cosa no se puede hacer.

—¡Maldita sea! —exclamó, aquélla había sido la gota que había desbordado el vaso de su paciencia.

—Irritándose no conseguirá nada —daba la impresión de que el abogado quería devolverle la pelota.

—Me parece que, aunque no quiera, va a tener que confiar en mí —prosiguió Forest que se sabía dueño de la situación, aquel

hombre en cuanto terminase de sacar bilis tendría que avenirse a razones. Y eso para el abogado era la mayor satisfacción que podía tener.

White cogió la botella de whisky y se sirvió un trago en la misma jarra de cerveza, desde luego sus modales no eran precisamente exquisitos.

—Si quiere un trago puede servirse —dijo White.

—Gracias, ya sé que sería mucho pedir que lo hiciera usted mismo, de todas formas voy a aceptarlo, creo que es el máximo de cortesía que puede esperarse de un hombre como usted.

White no contestó. Estaba vencido y en las manos del abogado.

—¿Firmamos un armisticio? —preguntó Forest levantando el vaso lleno de whisky.

—De acuerdo —dijo por fin White tras vacilar durante unos minutos.

Y el armisticio quedó firmado.

* * *

Carl Forest se había reunido con el fiscal del distrito Paul Mars. Aparte de su rivalidad en el tribunal, existía entre ellos una vieja amistad.

—Lo siento por ti, Carl, pero creo que esta vez no vas a conseguir nada, White está hundido, las pruebas se acumulan contra él, es el caso más fácil que ha caído en mis manos en los últimos años.

—Yo no daría la cosa por cerrada, tal vez te encuentres con alguna sorpresa.

—¿Ya estás preparando artimañas? —preguntó el fiscal.

—Tal vez, pero comprende que si así es no voy a decírtelo.

—Conozco todos tus trucos y reconozco que eres de los mejores aprovechando bazas que a cualquier otro le parecerían ridículas.

—Eso es menospreciar la ley.

—No, Carl, es la verdad, pero esta vez no tienes nada que hacer; White es un hombre poderoso, pero ahora está caído y ha engendrado demasiados odios como para que ahora encuentre a alguien capaz de apoyarle. Además, después del proceso la White Company estará en la ruina.

—¿Eso es lo que pretendes? —preguntó el abogado.

—¿Qué quieres insinuar? —contrapreguntó el fiscal.

—No, nada, será mejor que vayamos a comer algo, por unos momentos hemos de olvidar el caso. Está nuestra amistad, ¿recuerdas?

—Eso nunca lo he olvidado. En el tribunal ya tendremos tiempo de enfrentarnos.

—Pues vamos ya, que tengo un hambre de mil demonios. Y comieron con gran apetito.

No volvieron a mencionar durante la comida el caso White. Era un acuerdo táctico que tenían desde hacía años.

CAPITULO XII

Habían pasado quince días desde la juerga entre Cole Ryan y él, y salvo un tremendo dolor de cabeza no había tenido la misma más consecuencias. Clarise se iba recuperando con enorme rapidez y el trabajo en *El Cronical* se desarrollaba con toda normalidad. John White seguía siendo la noticia más importante y toda la ciudad esperaba el juicio que iba a celebrarse dentro de una semana. Todo era de lo más normal, pero a Mike Newman no le convenía.

Salió de su despacho como cada día. Cogió su coche y se dirigió como por impulso a casa de la señora Kirc, según le había contado Dominique ésta parecía poseer una buena información sobre el pasado de White y este pasado podía dejar en claro muchas cosas que para Mike estaban oscuras todavía.

Paró frente a la lujosa residencia. La señora Kirc vivía en una zona residencial de la ciudad.

Se paró delante de la verja de entrada y pulsó el timbre de la misma. Transcurrieron cinco minutos hasta que un criado de color se dirigió a la entrada, donde esperaba Mike con serenidad.

—¿La señora Kirc? —preguntó Mike al criado nada más estuvo éste a su altura.

—No está señor —respondió el criado.

—¿Cuándo puedo verla? Es importante.

—Me temo señor que la señora estará fuera durante todo el mes.

—¿Dónde se ha ido? —quiso saber Mike, lo que hizo desconfiar al criado que permaneció en silencio—. Soy Mike Newman de *El Cronical* y mi interés es meramente informativo.

—Lo siento, señor, no estoy autorizado a decir nada; cuando la señora regrese puede usted hablar con ella, y si ella lo desea...

No hubo forma de que pudiera sacarle nada más.

Volvió a subir al coche y decidió que tal vez fuese una casualidad. Puso rumbo al domicilio del duque de Bier.

—El señor duque se ha marchado de safari.

Tampoco consiguió nada más.

Cuando llegó a su casa estaba convencido de que aquellas dos desapariciones aparentemente normales estaban relacionadas con el caso White. Cole Ryan había escapado con demasiada facilidad de una de las múltiples empresas de White, lo que sin lugar a dudas había contribuido en gran manera en su implicación en todo el asunto. Estaba casi seguro de que White tenía mucho interés en silenciar su pasado, pero no hasta el extremo de llegar al asesinato y sobre todo de aquella estúpida forma. No era el

estilo de un hombre como John White. Sabía que si comentaba con alguien aquellas sospechas le iban a acusar de maniático, por lo que decidió seguir aquella investigación él solo. Siempre entraba dentro de lo posible que estuviese equivocado, pero le parecía que esta vez estaba en lo cierto. Debía encontrar a la señora Kirc y al duque antes de que finalizase el juicio.

Sonó el teléfono, era Dominique.

—Jefe, espero no haberle despertado.

—No Dominique, estaba meditando —dijo Mike en tono amorfo.

—Quisiera hablar con usted si es posible.

—¿Ahora mismo? —preguntó Mike Newman que tenía la mente en otro lugar.

—Sí, al menos ése es mi deseo; claro que si está cansado podemos dejarlo para mañana.

—De ninguna forma, dentro de diez minutos en el bar de Charlie.

—¡Okay! —exclamó ella—. Prometo invitarle a una copa. —Colgó el teléfono.

Mike salió a la calle y subió a su automóvil no demasiado a gusto, no tenía ni idea de cuál era el motivo de la llamada de Dominique, pero fuese lo que fuese suponía que ella no le habría molestado por una tontería; claro que de una mujer todo podía esperarse.

Cuando entró en el bar de Charlie pudo comprobar que Dominique aún no había llegado. Charlie le saludó con simpatía.

—¿Qué tal, señor Newman? Espero que todo marche bien.

—Bien, Charlie; vamos haciendo, como siempre.

—¿Qué le sirvo? —le preguntó.

—Un whisky con mucho hielo —respondió Mike.

Charlie le sirvió el whisky y Mike encendió un cigarrillo dispuesto a esperar a Dominique. Su paciencia no tuvo que ser puesta a prueba, pues la mujer llegó a los cinco minutos.

—¿Hace mucho que me espera? —preguntó Dominique nada más llegar.

—La verdad es que no, esperaba que tardarías más —dijo él sonriendo.

—Siempre tan machista. ¿Es que no les va a entrar el sentido de la igualdad alguna vez?

—Dominique, yo soy uno de los hombres menos machistas que hay en toda la ciudad.

Ella no pudo dejar de sonreír.

—Te burlas y eso no está ni medio bien, después de que me haces salir de casa y...

—Vale, jefe, perdone y vayamos a lo nuestro, ¿sabía que la señora Kirc y el duque de Bier han desaparecido de la ciudad?

—Sí, ya lo sé, él está en un safari o algo por el estilo.

—Ya me imaginaba que usted no iba a dejar el asunto así como así.

—Y por lo visto tú tampoco. ¿Qué quieres tomar?

—Lo mismo que usted —respondió Dominique que estaba ensimismada observando las reacciones de su jefe.

—Charlie, trae otro vaso y deja la botella —dijo Mike, que ya se había terminado su primer whisky.

—¿Tanta sed tiene? —le preguntó ella.

—Un poco, pero veamos a qué conclusiones ha llegado tu linda cabecita.

—Está clarísimo, ninguno de los dos interesan a quien sea durante el juicio de White que estén en él —dijo Dominique, que estaba deduciendo a la vez que hablaba.

—Esa es una deducción un poco gratuita, ¿no crees?

—No, porque es la misma que ha pensado usted, mi buen amado jefe.

—¿Estás segura? —preguntó intrigado y divertido a la vez con las dotes deductivas de Dominique Floristen, reportera de acontecimientos sociales. No dejaba de tener su gracia.

—Bueno, una seguridad absoluta es algo que no se tiene siempre, pero...

—Está bien, Dominique, sigue por ese camino que es exacto al que yo he seguido.

—Pues ahora viene lo más insólito jefe, agárrese bien fuerte.

—¡Caray! Me empiezas a desconcertar, suéltalo de una vez y déjate de suspenses policíacos.

—Ninguno de los dos ha salido de Robson —lanzó la noticia como si de un mortero se tratara.

—¿Estás segura? —preguntó Mike, fascinado por completo por la eficacia de tan guapa colaboradora.

—No hay ninguna duda, jefe, he hecho toda clase de comprobaciones, incluso he mirado la posibilidad de que hubiesen usado un nombre falso.

Mike Newman se echó a reír.

—¿Se burla de mí? —preguntó ella bastante molesta por la actitud de él, que consideraba impropio en un momento como aquél.

—Perdona, Dominique, pero te aseguro que no me reía de ti, sino de una de las cosas que has comprobado y que era exactamente lo que yo quería hacer por la mañana. Eres un sol —se levantó y le dio un beso en la mejilla derecha.

Dominique se quedó sorprendida durante un rato sin saber qué decir, por fin cogió el vaso y se bebió el whisky de un solo trago.

CAPITULO XIII

Ahora todo consistía en averiguar dónde se encontraban esas dos personas, pensó Mike. En una ciudad como Robson no iba a resultar fácil conseguirlo. Una vez más tendría que utilizar todos sus recursos secretos. Pidió a Dominique que no mencionase a nadie lo que habían estado hablando. Esta accedió de inmediato, pero puso como condición estar dentro del asunto. Esto no agradó a Mike, pero no tuvo más remedio que aceptar, dadas las circunstancias; de todas formas, ella había demostrado su habilidad y podía necesitarla en cualquier momento.

Subió a su domicilio con intención de cambiarse de ropa. Buscó entre sus viejas maletas y se puso unos pantalones viejos y un jersey descompuesto. Desde su época de reportero no había vuelto a usar aquel uniforme para ir al Gren, el auténtico barrio chino de la ciudad. Un verdadero semillero de todo lo bajo y rastrero que podía encontrarse en Robson. Buscó también en uno de los cajones de su armario, donde en un doble fondo guardaba un revólver. Lo comprobó y, tras cargarlo convenientemente, se lo guardó en el bolsillo posterior del pantalón.

Cogió el metro para ir al Gren. Nadie que lo conociera sería capaz de reconocerlo. Esperaba poder encontrar a Ratón Spir. Un sujeto de muy mala catadura que estaba informado de casi todo lo delictivo que sucedía en la ciudad y por supuesto en el barrio chino. Hacía varios años que no se veían, pero sabía que Ratón le debía la vida y eso aun entre aquella gente no se olvidaba. En su mente revivieron las imágenes de un pasado no demasiado reciente y una sonrisa irónica se dibujó en sus labios.

Descendió en la parada adecuada. Al salir al exterior pudo comprobar que aquella parte de la ciudad seguía igual de abandonada, de nada habían servido las promesas constantes de los políticos en cada legislatura para cambiarlo. Era un vivero de delincuencia, que ya se olía nada más entrar en ella. Por la calle algunas personas bien vestidas, que caminaban recelosas entre la juventud desarrapada buscando droga o la compañía de alguna joven prostituta. La policía que patrullaba por aquel barrio se había acostumbrado a su gente y procuraba vivir y dejar vivir. Mike pensó que aquélla era otra de las lacras de la jungla del asfalto. Una selva mucho peor que la virgen, según pudiese comprobarse.

Notó que unos ojos se habían posado en él, nada más entrar en aquel callejón. Pensó que el jaleo estaba a punto de comenzar, pero no podía ir por otro lugar para encontrar a Ratón y además si se achantaba estaba perdido. Siguió caminando con absoluta

naturalidad. Como si todo lo que sucedía a su alrededor no tuviera nada que ver con él.

De repente un joven de aspecto enfermizo, cuyos ojos denotaban que se drogaba, se plantó delante suyo con aire desafiante. Mike sabía que detrás suyo habrían por lo menos dos. Esas pandillas no iban nunca en menor número.

—¿Dónde vas tan de prisa, amiguito? —preguntó el joven con aire retador de película barata.

—Voy a ver a un amigo y te advierto que tengo mucha prisa —dijo Mike muy en su papel.

—Para pasar por aquí hay que tener un permiso.

—¿Desde cuándo? —quiso saber.

—Desde ahora mismo —respondió cada vez más seguro el rufián.

—Pues podrías decirme a quién solicito el permiso.

—A mí, ¿o es que te parece mal? —el joven estaba cada vez más seguro de sus posibilidades, lo que le dio la pista a Mike de que los dos estaban en sus flancos. Esperaba no equivocarse ya que siempre actuaban igual, cualquier error podía costarle la vida, y ésa no era su intención.

Sin decir nada se lanzó como una flecha hacia el lado derecho, golpeando con fuerza con ambos puños. No se había equivocado y sus golpes alcanzaron a uno de los que estaban a su espalda. La reacción fue tan rápida que los otros dos estuvieron unos segundos sin poder reaccionar, tiempo que Mike aprovechó para sacar el revólver.

—Quietecitos, amigos, os advierto que tengo mucha prisa y no es la primera vez que uso esto.

Sus palabras tuvieron el efecto deseado, y los dos jóvenes, que ya empuñaban sendas navajas, salieron corriendo sin preocuparse por su compañero caído.

Mike se acercó a éste y lo levantó con las dos manos.

—¡Déjeme marchar! —suplicó éste—, por favor, ha sido un lamentable error, le garantizo que no volverá a ocurrir, lo que pasa es que no le habíamos visto nunca por aquí, un error lo puede tener cualquiera.

—Pues fíjate bien en mi cara, a mí la tuya no se me olvidará ni la de los cobardes de tus compañeros, si os vuelvo a ver cerca os dejo tiesos. ¿Entendido?

El joven asintió, estaba muerto de miedo. En cuanto Mike lo soltó salió de allí a toda velocidad. Mike sonrió, dentro de unos minutos aquello se sabría en todo el barrio. La cosa no había comenzado mal.

Guardó su revólver y siguió su camino. Ya nadie le volvió a

molestar hasta llegar a su objetivo.

Era un bar mugriento y en cuya puerta todavía podían verse impactos de bala. Era un recuerdo que jamás nadie había osado quitar de allí, se decía que su antiguo propietario había tenido relaciones con la mismísima mafia. La verdad es que nadie sabía la verdad, eso pertenecía al secreto del sumario. Un sumario plegado de casos sangrientos sin descifrar. Una ley del silencio se invadía por todo el barrio del Gren.

Entró con paso decidido. Una barra corta, tras de la cual había un hombre mugriento y corpulento a la vez, y en unas mesas que se caían de viejas algunos hombres de mala catadura estaban jugando a un extraño juego de cartas.

Se acercó al mostrador.

—Whisky —pidió—, y procura que sea algo mejor que esa mierda que acostumbras servir.

—Aquí nunca hemos servido de eso que tú debes llevar en la boca —respondió el hombre corpulento.

Mike lo cogió por el cuello, sin fijarse aparentemente en los hombres que jugaban a las cartas.

—No me gusta tu jeta, y cuando una cosa no me gusta acostumbro romperla —dijo con un aire de matón inconfundible. Nadie hubiese podido reconocer a Mike Newman, en aquella faceta parecía otra persona, pero no lo era.

—Bueno, no hay que ponerse así —dijo el hombre al que no le gustaba que nadie le pusiese la mano encima. De repente Mike lo soltó y se lanzó hacia un lado, con lo que el hombre que iba a golpearle golpeó la barra y estuvo a punto de caer al suelo. Mike esperó que recuperase el equilibrio y sujetándole un brazo con su izquierda le lanzó un derechazo en plena cara que envió al hombre definitivamente al suelo. Antes que los demás pudieran reaccionar el revólver apareció en la mano de Mike.

—Yo me estaría quieto si estuviese en el pellejo vuestro —dijo.

Los hombres volvieron a sentarse, sabían muy bien que aquel hombre no bromeaba.

—Y ahora quiero que me sirvas el whisky, pero cuidado que tengo el dedo frágil.

—En seguida —dijo el hombre de detrás del mostrador.

Le sacó una botella de whisky y un vaso bastante limpio, si se tenía en cuenta el aspecto del local.

Mike se sirvió un trago que se bebió sin pestañear, ante la mirada angustiada de los presentes. Tardó unos segundos en decir:

—No está mal.

El hombre suspiró aliviado.

Se sirvió otro y guardó el revólver; el hombre del suelo comenzaba a despertar.

—Llévároslo de aquí —ordenó Mike, y dos hombres que estaban en una mesa se levantaron para cumplir los deseos de él—. Pon whisky de esta botella para todos, yo pago.

La acción fue definitiva. Mike había sido aceptado como uno de ellos. En el fondo de su ser suspiró con alivio. Hubiera hecho buena carrera como actor.

CAPITULO XIV

—Quiero ver a Ratón Spir —dijo Mike cuando ya llevaba un rato bebiendo con aquellos hombres.

—¿Estás seguro de lo que dices? —le preguntó extrañado uno de los hombres.

—Siempre estoy seguro de lo que digo, y te aseguro que me molesta que me lleven la contraria.

—Está bien, amigo, no te pongas así, era sólo una pregunta, yo sé dónde puedes encontrar a Ratón, antes venía mucho por aquí, pero las cosas han cambiado mucho desde que tú no vienes por el barrio.

Le dijeron el lugar en que podía encontrar con toda seguridad a Ratón, incluso uno de ellos se ofreció a acompañarle, cosa que Mike aceptó encantado.

Llegaron a la puerta de un lugar más sórdido que el anterior. El hombre golpeó la puerta y cuando ésta se entreabrió dio una especie de contraseña. Por dentro aquel local era tan lujoso como uno cualquiera de los que adornaban la avenida principal. Mike se quedó boquiabierto ante aquella visión. Desde luego todo evoluciona, hasta incluso los nidos de ratas. Claro, ahí estaba la explicación.

Cinco minutos más tarde estaba solo frente a Ratón, sentado en una mesa con una botella y dos vasos.

—Mi amigo el periodista, quién lo iba a decir —dijo Ratón.

—Por lo visto has progresado mucho desde la última vez que te vi.

—No me puedo quejar, Mike, y además es algo que en parte te debo a ti —recordó Ratón, que, como Mike había supuesto, no había olvidado que le debía la vida.

—Eso pasó hace mucho tiempo, Ratón —dijo Mike queriéndole quitar importancia al asunto, pero al mismo momento removiéndolo, pues era lo que le interesaba.

—Es una deuda que tengo contigo y que jamás olvidaré, así que suelta ya lo que sea, pues me imagino que no habrás venido sólo para ver mi sucia jeta. ¿Verdad?

—Siempre has sido un tipo muy directo —dijo Mike.

—Es la forma de subsistir en un lugar como éste, tú lo sabes tan bien como yo, querido Mike.

Mike asintió, le gustaba en el fondo que Ratón fuese directo al grano, era una forma de no perder el tiempo y la verdad es que cuanto antes saliese de aquel lugar mejor.

—Es sobre John White —dijo Mike.

—Estaba seguro, me enteré por los periódicos, y la verdad es que me alegré de que no te pasase nada. Pero, ¿qué quieres saber de él?

—Creo que no está implicado en los atentados.

—Esa sí que es una novedad, todo el mundo parece estar seguro de ello.

—Mira, Ratón, White no es trigo limpio; de eso estoy seguro, pero tampoco lo considero un estúpido para meterse en la boca del lobo. ¿Quién puede beneficiarse de esta situación?

—Por lo que yo sé, bastante gente, pero si quieres un consejo...

—¿Que lo deje? Lo siento, eso no está en mi mano.

—¿Por qué? —quiso saber Ratón.

—Podría contestarte con una mentira, pero antes que hacerlo prefiero no decírtelo.

—De acuerdo, no te preguntaré nada y sabes que no puedo negarte la información. Eres mayorcito y deberías saber lo que te haces, claro que conociéndote como te conozco sé que eso es imposible.

—Basta de sermones y desembucha de una vez.

—En primer lugar el gobernador de la ciudad.

—¡No! —exclamó Mike, que no podía creer lo que estaba oyendo.

—Como lo oyes, White le tenía en un puño. Unos papeles comprometedores. ¿Comprendes?

—Sí, pero si es así no le interesará que se abra el proceso contra White y hasta la fecha todo se está llevando con verdadera honestidad, o al menos así lo parece.

—Lo que quiere decir que el gobernador tiene en su poder lo que le podía hacer pupa, con lo que puede tomar venganza de su hasta ahora dueño y señor.

—Sí, pero alguien se lo tiene que haber dado.

—Y de la completa confianza de White, y además que supiese la existencia de dicho documento. Eso nos lleva a Stewart Sile.

—¿El actor? —preguntó cada vez más asombrado Mike.

—El mismo. White le ha estado ayudando en su carrera y ésta es otra incógnita que tiene que ver con una tal señora Kirc, que tenía a White en un puño por algo que yo no sé muy bien, pero que puedo averiguar si es tu deseo.

—Sí, por favor —casi suplicó Mike.

—Está bien, dame hasta mañana, y por favor tú no me has visto ni sabes nada de mi existencia. Hay mucha gente gorda implicada en todo esto y si alguien tira de la manta los crímenes pueden ponerse a la orden del día y yo no quisiera estar en el camino de la onda expansiva. Me comprendes, ¿verdad?

—Desde luego y te aseguro que a mí tampoco me gustaría encontrarme en el camino de tu onda.

—No, Mike, que no es la mía, te confundes.

—¿Mañana a qué hora? —quiso saber Mike levantándose de su

asiento.

—A esta misma. Te traerán desde el bar, yo me encargaré; se que no te gusta mucho venir por aquí, pero es la forma más segura.

—*Okay!* Hasta mañana.

Se despidió de Ratón y salió de allí, todo aquello se complicaba cada vez más, aunque comenzaba a vislumbrarse algunos puntos que podían terminar de una vez por todas con aquel enredo.

El regreso hasta su casa fue por fortuna pacífico, de lo que se alegró en grado sumo.

Se quitó las ropas viejas y las dejó preparadas para el día siguiente.

Se dio una ducha para quitarse el mal olor.

* * *

Mike había citado a Dominique en su casa, la joven se presentó con prontitud y ataviada con un hermoso vestido rojo que realizaba sus ya de por si maravillosas formas.

Mike se la quedó mirando como si fuese la primera vez que la veía y es que jamás la había visto de aquella forma; para él, hasta aquel preciso instante había sido sólo una compañera de trabajo nada más.

—Aquí estoy, mi dilecto jefe, dispuesta a cumplir como una esclava sus órdenes por escabrosas que éstas sean —dijo moviendo su cuerpo con picardía.

—Sin bromas, Dominique, que puedo tomar en serio tus insinuaciones y podría ponerte en un grave compromiso.

—Pruébelo, será la única forma de saber el resultado.

—Quisiera que hicieses una visita a Stewart Siles —dijo Mike pasando rápidamente del tono frívolo al positivo.

—Eso será un placer, suponiendo que nuestro ilustre actor quiera concederme el honor de ser entrevistado por mi humilde persona.

—Eso para ti no será difícil —agregó Mike.

—¿Qué se supone que debo averiguar? —preguntó Dominique.

Mike le explicó parte de lo que sabía por mediación de Ratón, omitiendo todo aquello que creyó oportuno.

—Eso sí que es una buena información, desde luego hay que reconocer que el jefe siempre es el jefe —seguía bromeando Dominique para quitar un poco de rigidez a la seriedad de la entrevista.

—¿Crees que podrás hacerlo? —le preguntó final mente Mike.

—Seguro, ¿alguna vez le he defraudado?

Mike tuvo que reconocer que no.

Cuando Dominique Floristen salió de allí a Mike le dio la impresión que algo muy suyo acababa de salir con ella.

CAPITULO XV

—¿Eres Mike? —le preguntó un hombrecillo de aspecto miserable en el bar del Barrio chino donde esperaba que le condujeran ante Ratón, tal y como habían quedado el día anterior.

—Sí, ¿es que está prohibido? —inquirió en su papel de maleante.

—Soy amigo de Ratón, me dijo que estaba citado contigo.

—Así es, llévame ante él —le pidió Mike.

—No puedo, Ratón ha muerto.

—¿Cómo? —aquello fue como si le hubiesen disparado tres tiros seguidos.

Mike siguió al hombre en el más absoluto silencio.

Salieron de allí y entraron en un caserón antiguo. Subieron las escaleras y penetraron en un asqueroso cuartucho.

—Siéntate donde puedas —le dijo el hombrecillo—; lamento que esté todo tan sucio, pero es el sitio más tranquilo para hablar sin que nadie pueda escucharnos. Sé que Ratón te tenía mucha ley.

—¿Se sabe quién ha sido? —quiso saber Mike.

—Es mejor olvidarlo, en este negocio se corren muchos riesgos, Ratón era consciente de ellos.

No pudo sacar mucho más del hombrecillo. La verdad es que era un infeliz de poca monta. Estaba rabioso, una vez había salvado la vida de Ratón y ahora él se la había entregado. Se juró que tenía que terminar de una vez por todas con aquel infierno de muertes.

Salió de aquella habitación con una idea fija metida en su cerebro, faltaban pocos días para el juicio y él tenía que saberlo todo para esa fecha. Lo haría.

* * *

Stewart Siles estaba al lado de Dominique. No se había hecho rogar demasiado el actor en acceder a la entrevista, lo que en cierta manera extrañó a la joven. Ella se había puesto sus mejores galas como suele decirse, aunque sabía que el actor estaba harto de la adoración de tanta mujer que suspiraba cuando él pasaba por su lado.

—Señorita Floristen, es para mí un honor concederle la entrevista, ignoraba que le interesase el mundo del espectáculo.

—Usted es siempre noticia, además, se ha convertido en una gloria internacional que hasta el momento no ha renunciado a su

origen, lo que es digno de admirar.

—Le agradezco sus elogios, señorita: que de todas formas no los creo del todo merecidos, pero la verdad es que me siento muy orgulloso de mi cuna y no estoy dispuesto a renunciar a ella por nada del mundo.

—Eso le honra, me gustaría que hablásemos un poco del ser humano, ya que el actor es de sobras conocido por el público.

—De acuerdo, es usted la que manda, pregunte.

A Dominique le extrañó tanta docilidad pero no hizo ningún comentario al respecto.

—Se dice que es usted un hombre que se ha hecho a sí mismo, ¿es eso cierto?

—La pregunta es un poco ambigua: por una parte puede decirse que sí, pero por otra parte siempre en la vida de cualquier persona existen gentes a las que se debe algo, un apoyo aunque sea moral es necesario en una profesión tan dura como ésta. Subsistir en la jungla del celuloide es casi más difícil que hacerlo en la del asfalto.

—Entre esas personas, ¿alguna en especial?

—Hay varias, pero no quisiera citar nombres, pues sería una forma de herir susceptibilidades, y dada mi posición actual es mejor silenciarlas.

—¿Es cierto que John White es productor de sus películas?

El actor palideció al escuchar la pregunta, no había duda que la había encajado con cierta dificultad.

—Yo... bueno, la verdad es que no lo sé, mi productora se llama Ors Films y el gerente es el señor Fleiter, Robert Fleiter.

—Brazo derecho de John White, ¿no lo sabía?

—Es la primera noticia que tengo —dijo el actor, que estaba mintiendo muy mal.

—Me extraña, señor Stewart, ya que es una cosa del dominio público.

—Puede ser, señorita, pero yo puedo asegurarle que lo ignoraba; es más, nunca me han preocupado ese tipo de cosas.

—¿Y no le preocupaba saber que el señor White pensaba terminar con la producción de sus películas?

—Eso es falso, nunca se ha hablado de ese término —se delató el actor.

—¿Tampoco sabía que sus dos últimas películas han sido un fracaso económico?

—Eso sí que es mentira, no sé quién le ha dado a usted ese tipo de información, pero le aseguro que no se ajusta a la realidad, es algo que puedo demostrarle en el momento que usted quiera.

El actor estaba desencajado, fuera de sí. Dominique siguió

machacándolo.

Cuando salió de allí sintió lástima por el ídolo de barro que se había desmoronado.

Llamó a Mike y éste en persona descolgó el teléfono.

—Sí, dime, Dominique —dijo él.

Y ella le relató toda la conversación que había sostenido con el actor.

—Buen trabajo, chica lista —la felicitó Mike, lo que no dejó de halagarla.

—¿Qué más tengo que hacer, jefe? —preguntó esperando que él la invitase a tomar una copa; tenía ganas de estar con él.

—Eso es todo, preciosa, tendrás noticias mías.

—Pero... —no pudo continuar, él había colgado el teléfono.

* * *

Clarise Portes salió del hospital restablecida por completo, allí la estaba esperando Cole Ryan en representación de sus compañeros de *El Cronical*. Mike Newman había desaparecido desde hacía un par de días de una forma misteriosa, pero por lo visto tenía permiso del mismísimo director.

—Bienvenida al mundo de los currantes —le dijo Cole sonriente.

—Gracias, te aseguro que ya tenía ganas.

—Espero que te encuentres del todo bien.

—No temas, lo he superado bien, siempre he sido una mujer fuerte y lo sucedido no ha hecho más que afianzarme en ello.

Salieron y subieron en el coche de Cole.

—¿Te llevo a casa? —le preguntó el joven.

—Me gustaría dar antes una vuelta por la ciudad.

—Eso es nostalgia de contaminación y demás —dijo Cole divertido.

—Si te molesta puedes llevarme a casa.

—Ni mucho menos, yo estoy aquí para lo que me quieras mandar. ¡Faltaría más!

—Una debería romperse la cabeza más a menudo —dijo sonriendo. No había duda que Clarise estaba bien del todo. Dentro de poco el proceso contra White comenzaría y todo aquello no sería más que un recuerdo que contar pasados unos años. Como todas las pesadillas, aquella también tenía un final.

Recorrieron las calles de la ciudad. Esta no había cambiado en su dinámica. Era sin duda la misma de siempre.

—Será todo lo monstruosa que quieras, pero me gusta —le dijo Clarise.

—Y debo confesar que a mí también.

Cole conducía despacio. Era un lujo que raras veces podía permitirse.

CAPITULO XVI

Por fin el tan ansiado y esperado juicio contra John White iba a dar comienzo. La sala de vistas estaba repleta de periodistas y público curioso en general. Nunca un juicio había despertado tanta expectación como aquél en la ciudad. Se hablaba de que White había pedido una medida de gracia al gobernador y que éste la había rechazado, lo que daba al caso un matiz especial, ya que se consideraba al gobernador un amigo personal de White, claro que esto hacía subir muchos enteros su popularidad entre el electorado y eso siempre era bueno.

Cuando John White salió y se sentó en su lugar como acusado, junto a su abogado defensor, un murmullo invadió la sala. El juez tuvo que imponer silencio bajo amenaza de hacer desalojar la sala. Costó un poco de trabajo, pero al final las voces se fueron acallando poco a poco.

—El ministerio fiscal tiene la palabra —dijo el juez. El fiscal se levantó y dirigiéndose al jurado dijo: —Cito como primer testigo del ministerio fiscal a Robert Fleiter.

Un oh exclamativo invadió la sala. Robert Fleiter se levantó y subió al estrado.

Le hicieron repetir las palabras de rigor, y tras tomarle el correspondiente juramento comenzó la vista.

Los testigos se iban sucediendo y la defensa protestaba en innumerables ocasiones. Planteándose una batalla abierta y sin cuartel entre los dos letrados, que parecía más una batalla entre ellos que de esclarecer unos hechos.

En principio todo parecía estar en contra de White. Por fin llegó el turno de testificar a los periodistas de *El Cronical*, Mike Newman no estaba en la sala y lo peor es que nadie parecía saber dónde se encontraba desde hacía algunos días. La vista se suspendió hasta el día siguiente.

* * *

Cole Ryan, Clarise Portes y Dominique Floristen estaban esperando para declarar, sin embargo, no sabían nada de su jefe Mike Newman. Estaban preocupados.

—Esto no es normal, tiene que haberle pasado algo —dijo Dominique, que era la que estaba más nerviosa, ya que sabía en parte las intenciones de Mike.

—Nadie sabe nada, yo creo que nos están ocultando algo —aseguró Cole.

—Si alguno sabe algo que no se lo guarde —sospechó Clarise, que al ver la cara de Dominique creyó adivinar algo de lo que ésta guardaba en su interior.

—No nos queda más remedio que esperar.
Aquellas palabras de Cole fueron las últimas que pudieron cruzar antes de que la vista se reanudase.

* * *

Carl Forest estaba conversando con White antes de que se reanudase la sesión.

—Señor White, las cosas se están poniendo cada vez más feas, algunos testigos que tal vez pudieran testificar a su favor han desaparecido.

White palideció, se veía atrapado.

* * *

Mike Newman estaba en el puerto disfrazado de marinero. Le había costado mucho tiempo de observación el llegar a la conclusión de que en aquel barco sucedía algo extraño. Todo parecía indicar que allí podían encontrarse la señora Kirc y el duque. Lo que ya no era tan seguro es que estuviesen vivos.

Esperó a que la noche llegara, para entrar en el barco sin ser visto. Fue una operación difícil.

Había dos marineros de guardia, lo que daba a entender que se encontraban bastante confiados.

Mike llevaba una botella en la mano y se estaba haciendo el borracho.

—¿Adónde vas? —le preguntó uno de los marineros que estaba a bordo del barco.

—Estoy celebrando mi aniversario. ¿Quieres un trago?

—La verdad es que no vendría del todo mal —dijo el hombre.

—Baja aquí y lo tomamos.

—No puedo.

—Entonces subiré yo —dijo Mike, que comenzó a subir por la escala con paso vacilante.

El marino se reía. Cuando llegó a su altura, Mike le golpeó con gran fuerza haciéndole perder el sentido. Fue todo muy rápido. El otro marinero se acercó con celeridad y sólo pudo ver el cuerpo de su compañero en el suelo.

—¿Qué te pasa? —quiso preguntar.

Sus palabras quedaron en su garganta sin poder salir. ya que recibió un golpe en la cabeza. Mike había sido muy rápido. Dejó en el suelo los cuerpos inconscientes de los marinos y penetró en el barco aprovechando la oscuridad de la noche.

Todo parecía estar en calma. En la bodega pudo ver a un hombre que custodiaba una puerta. Esa debía ser la puerta, en el supuesto de que todo fuese como él pensaba.

Lanzó una piedrecita hacia el extremo contrario del lugar en que se encontraba y el hombre se levantó, momento que Mike aprovechó para ir hacia él y derribarlo de un culatazo en la cabeza. Buscó entre las ropas del caído la llave del camarote.

Las encontró en seguida. Abrió y dentro encontró a la señora Kirc y al duque maniatados.

Les quitó las ligaduras.

—Gracias a! cielo, creía que de ésta no salía —dijo la señora Kirc.

—Es asunto del gobernador.

—No, es cosa de Robert Fleiter. El lo ha preparado todo para quedarse con el imperio White, además tiene al gobernador en un puño.

—Pues no se saldrá con la suya.

—Me temo que sí, señor Newman —dijo Robert Fleiter, que apareció con dos hombres armados hasta los dientes—, y por favor, tire esa pistola si no quiere que la cosa se le complique aún más.

Mike obedeció, no tenía más remedio, se había comportado como un estúpido y ahora estaba pagándolo.

—Ha tenido muy mala suerte; yo, sin embargo, la he tenido buena, lamento tener que terminar con usted.

—Asesino.

—Esa es una palabra muy fuerte, mi querido señor Newman, digamos que me limito a quitar un estorbo en mi camino; usted iba tras White y yo se lo puse en bandeja, qué más podía desear.

—Había cosas que no estaban muy claras.

—Todo era muy sencillo, usted quería cargarse a White y sus negocios sucios, y yo también, claro que por muy diversas razones —dijo Robert Fleiter sonriendo malévolamente—. Los únicos que podían declarar a favor de White eran la señora Kirc y el duque, ya que habían estado con él y sabían varias cosas relativas a las órdenes que él me dio para que evitase que sus muchachos hurgaran en el pasado de White, no me quedó más remedio que hacerles callar.

—¿Usted lo preparó todo?

—Fue un poco complicado, pero perfecto, ¿no le parece?

—Es usted un asesino y no se saldrá con la suya.

—Usted no va a poder impedirlo, señor Newman, lo siento.

Mike vio cómo Robert iba a disparar sobre él. No tenía escapatoria.

—Alto, policía.

Robert Fleiter se giró y abrió fuego. En pocos segundos se dispararon varias armas. Robert Fleiter y los dos matones que estaban con él cayeron al suelo. Todo había terminado, el teniente Serman se acercó a Mike.

—¿Qué haces tú aquí? —le preguntó Mike.

—Te hemos estado siguiendo todos estos días y la verdad es que me alegro de haberlo hecho.

—Yo también de que lo hicieras.

—Debería arrestarte por interferencias con la justicia, por tenencia ilícita de armas...

—Por favor, para un poco, acabo de nacer de nuevo.

Eso era evidente.

* * *

Todo quedó solucionado. White fue puesto en libertad por los cargos que se le habían imputado, aunque fue procesado por negocios turbios y por chantaje a la autoridad en la persona del gobernador. La justicia había triunfado en toda su medida.

Mike Newman había conseguido desenmascarar a White y su forma fraudulenta de llevar los negocios sucios que le habían llevado a conseguir aquel imperio. También Robert Fleiter había pagado con su vida el intento de asesinato en la persona de sus compañeros de redacción. El brazo derecho de White había salido mucho peor que su jefe. La ambición seguía siendo uno de los peores defectos de una parte de la humanidad: por suerte, las

aguas habían vuelto a su cauce.

EPILOGO

Mike Newman se encontraba sentado en el bar de Charlie, hacia ya un par de meses que todo había vuelto a la normalidad y cada vez le costaba más irse a casa. La encontraba vacía. Aquel reducto cómodo e indestructible se había convertido en algo aborrecible.

—Señor Newman, ¿piensa ir el sábado a las carreras? —quiso saber Charlie.

—Me parece que no, Charlie, la verdad es que no me apetece; pero si quieres te puedo traer entradas.

—No sabe cómo se lo agradecería —dijo Charlie, que era un forofo de las carreras de caballos.

A Mike antes también le habían gustado pero ahora le parecían algo sin sentido. Estaba muy raro.

—Ponme otro whisky, Charlie, no tengo sueño esta noche.

—En seguida, señor; si me permite, me gustaría tomar una copa con usted.

—Desde luego, Charlie, te aseguro que será un placer —era una forma de no estar tan solo.

Charlie sirvió las bebidas y pronunció un brindis. Mike ni tan siquiera le estaba prestando atención, pero levantó la copa y se bebió todo su contenido de un trago.

—Te sentará mal si bebes tan de prisa —dijo una voz femenina.

Mike se giró y vio a Dominique Floristen con su vestido rojo, aquel vestido que se había quedado clavado en su mente desde aquel día.

—¿Qué haces aquí? —le preguntó.

—He venido a verte —contestó ella con gran desparpajo. Charlie se había apartado de una forma discreta y sonreía.

—¿Cómo sabías que estaba aquí? —quiso saber él.

—Se muchas cosas de ti, y como me parece que no eres capaz de tomar la iniciativa, me he dicho que no me va a quedar más remedio que tomarla a mí, aunque no me gusta demasiado, pero es absurdo que sigamos haciendo el imbécil.

—¿Quieres decir...?

—Sí, tonto.

Sus labios se unieron en un delicioso beso.

Mike Newman pensó que ya no estaba solo.

Nunca más lo estaría.

PUNTO

ROJO

intriga...

**PUNTO
ROJO**

ROJO

misterio...

ROJO

suspense...

ROJO

acción...

ROJO



**EDITORIAL
BRUGUERA, S. A.**



**PRECIO EN ESPAÑA
60 PTAS.**

Impreso en España